



ÉPOCA 3.<sup>a</sup>—AÑO IX.—TOMO VII

NÚMERO 20.—Madrid 15 de Julio de 1884

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	1 ps. fs.
Un año.....	4 "

DIRECTOR  
DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN  
PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 "

#### SUMARIO

TEXTO.—*Revista*, por Nulema.—*Crónica universal*, por D. M. Riera.—*Una idea y una mosca*, por Blas.—*Los grabados*.—*Dos capítulos de un libro inédito* (conclusión), por D. José María Antequera.—*Patriotismo y abnegación*, novela polaca (continuación), por Esteban Marcel.—*El pintor Zanobi*, crónica italiana (continuación), por C. B.—*Notas sobre las Misiones de la Alta California*.—*La monja*, por don Francisco M. Melgar.—*El ahijado del ministro* (leyenda).—*Conocimientos útiles*.  
GRABADOS.—*Uno y Rmo. Sr. Dr. D. Vicente Santiago Sánchez de Castro*, obispo de Santander.—*Rectoría de Avila*.—*Colocación y bendición de la primera piedra en la iglesia y convento de religiosas mercenarias de San Fernando, en Chambers*.—*Castillo de Pilato en Tarragona*.

#### REVISTA

**A**no larga distancia, desgraciadamente, de los puntos infestados, con dos ó tres partes diarios de distintos orígenes, y sin embargo, no sabemos á ciencia cierta la marcha del cólera en Tolón y Marsella, ni lo que se puede temer ó esperar del carácter actual de la terrible epidemia. Quién dice que el cólera va en aumento, quién que decrece; unos afirman que presenta un carácter más benigno que en las invasiones pasadas, otros que es más fulminante; el pesimismo de unos y el optimismo de otros vienen á dar el mismo resultado, que es tenernos completamente desorientados, sin saber cuál es la verdad.

La circunstancia de haberse desarrollado la peste en Marsella y Tolón, los dos principales puertos de Francia, influye poderosamente en las ocultaciones, pues no puede calcularse el daño que sufre el comercio con el aislamiento, daño que, como es natural, irradia á muchas y poderosas industrias. Si el daño de la epidemia lo padeciesen la religión, la autoridad, la justicia, entonces no sería tan grande la inquietud de los ánimos; pero el comercio, la principal fuente de la riqueza moderna, y con el comercio la industria, esto es horrible, y á todo trance es preciso ocultar la verdad para que no se ausente el dinero y corra á esconderse en las entrañas de la tierra.

Francia lleva por eso muy á mal las medidas de precaución adoptadas en los países limítrofes; el egoísmo de su comercio y de su Gobierno quisiera sobreponerse al temor general, convirtiendo el cólera en mercancía y transportándolo en sus barcos á todos los países del mundo. Esto, por otra parte, estaría muy en armonía con su papel en el drama de la vida moderna, pues nada más natural que sea la propagadora de la peste material la nación que hace años viene difundiendo en el mundo la peste moral, cien veces peor que el cólera, de la impiedad y de la anarquía.

No es ésta la primera vez que, comparando la Revolución con el cólera, hemos demostrado la mayor gravedad

de aquella peste sobre ésta; pues si el cólera es un misterio que mata los cuerpos, la Revolución es un enemigo declarado que mata, al amparo de los Gobiernos que la sirven, cuerpos, almas, instituciones y sociedades enteras, sin que alarmen sus estragos, ni levanten frecuente y digna protesta sus crímenes.

Sin embargo, el cólera desde la puerta produce más espanto que la Revolución dentro de casa; ¿será por esto por lo que Dios lo resucita de vez en cuando, para demostrar á los hombres que es inagotable el rigor de sus justicias?

Con el temor al cólera la emigración veraniega está detenida; ¿quién se aventura á pasar la frontera, cuando al otro lado se encuentran los focos apestados, muy desatendidos por el Gobierno francés, y cuando pueden multiplicarse en pocas horas si el viento de la justicia de Dios impulsa las alas del terrible buitre del Asia?



ILMO. Y RMO. SR. D. VICENTE SANTIAGO SÁNCHEZ DE CASTRO,  
Obispo de Santander.

Biarritz debe cubrirse de luto: ¡adios Palais! ¡adios playa de los locos! ¡adios fiestas encantadoras de la buena sociedad! Este año las olas del Océano gemirán tristemente al arrastrarse por las abandonadas arenas de la playa desierta. — ¿Quién se atreve á ir á Francia? Es la exclamación que se escapa de los labios de todos los abonados á las fiestas de Biarritz. Y mientras las muchachas, que recuerdan con placer las gratas horas de bailes, conciertos y ruleta del año anterior, enmudecen á esta pregunta, las mamás, más previsoras, insisten en que sería locura visitar este año—y nosotros creemos que todos—la playa de los locos.

¿Dónde se dirigirá la emigración este verano? No está decidido, y si el cólera no se acerca á Madrid lo probable será que este verano se dé el caso, no frecuente, de salir poca gente de la Corte, aguantando aquí los rigores de la canícula, bastante más tolerables que los del cólera.

Algunas personas de más candidez que experiencia se hacen la ilusión de que, no habiendo mal que por bien no venga, la clausura de la frontera podría contribuir este año á que muchas de esas familias ricas que van todos los años á dejar un capital en las playas de Francia se dirijan á nuestras costas del Norte y Noroeste, y se aficionen allí á las bellezas propias, que nada pierden comparadas con las extranjeras. ¡Ilusión! Esas familias poderosas no salen de Madrid en busca de bellezas naturales, de bosques sombríos y pintorescos valles, de playas risueñas y de espléndidos panoramas; no, salen en busca de novedades extrañas, de modas nuevas y de costumbres exóticas, de teatros en que resplandezca su lujo y de abismos en que enterrar su fortuna. Nada de esto hay en nuestras provincias, y menos en las del Noroeste, que son los que ofrecen mejores estaciones veraniegas.

Quédense los placeres del campo para los pastores de la Arcadia: nuestra buena sociedad sueña con la California. Pero ¡ah error y torpeza de nuestros Cresos! á California no se va por Francia; por Francia se va—con permiso de la geografía—á la Zululandia.

Contra lo que sucedía otros años, Madrid conserva este verano la población del invierno. El sol es el único que no ha parado su carrera, y nos da este año lo que nos dió en el pasado: un calor muy respetable que denuncia la animación intempestiva de la buena sociedad madrileña.

Para el empresario de los Jardines es una ganga; este verano no sólo hará su agosto, sino que hará los agostos de media docena de años. Esto por supuesto si no viene el cólera. El paseo de carruajes del Retiro está por las tardes concurridísimo; tres ó cuatro filas



de coches se estrujan lentamente en derredor del *Angel Caído*, el cual brama de coraje al ver que, con tener tantos adoradores que *le hagan la rueda*, ninguno logra libertarlo del anatema de su condenación.

Para que nada falte á la animación de Madrid, los hombres políticos, detenidos hasta hace poco por la prolongación de los debates parlamentarios, se agrupan aún en el salón de conferencias para rumiar los últimos discursos y difundir-luego por círculos y tertulias la luz que emana de sus discusiones, siempre fecundas para la mayor... ruína de la patria.

En resumen: que si no fuera por el sol, se diría que no habíamos salido todavía de las veladas del invierno. Aun así podemos hacernos fácilmente la ilusión de que el sol es una magnífica estufa que calienta la Corte.

\* \*

Hacia lo menos cuatro años que no habíamos oído al Sr. Castelar; y por eso, aprovechando una ocasión propicia, fuimos el lunes pasado á escuchar la segunda parte de su discurso y á juzgar, no al político, que no van por ahí las aguas de nuestro molino, sino al orador, á quien conocimos en las aulas de la Universidad hace ya más de quince años.

El Sr. Castelar, que debe andar ya más cerca de los sesenta que de los cincuenta, está en gran decadencia; pero haciendo rigurosa justicia á sus dotes oratorias, debemos confesar que nos recordaba el lunes al célebre Tamberlik, que viejo y gastado posee todavía el arte de hacerse aplaudir, no por la voz de que carece, ni por los bríos que le faltan, sino por cierta gracia y ciertos recursos á que responden todos los públicos. Tamberlik sale á las tablas, y ya no canta porque no puede; pero de vez en cuando lanza una frase, un par de notas que entusiasman al auditorio, recordándole al gran artista; el público, benévolo con el viejo artista, aplaude un recuerdo, más que una realidad, el eco de una voz armoniosa que fué en otro tiempo gloria de la escena.

Lo mismo sucede con el Sr. Castelar. La obesidad ha quitado á su cuerpo aquella flexibilidad que tanto realizaba en otro tiempo sus movimientos oratorios; la cabeza, enterrada en aquellos hombros prominentes, no puede moverse con desembarazo, y fácilmente se congestiona apagando las vibraciones de la voz, que al salir premiosa resulta chillona, á veces bronca, y casi siempre oscura, destemplada y desagradable. También la fantasía está en baja, pues las imágenes, los cuadros pintorescos, las llamadas síntesis históricas ó escasean en el discurso ó son las mismas cien veces repetidas, sin novedad ni variación alguna. Comprendiendo el Sr. Castelar que en la primera parte de su último discurso se habían echado de menos estas galas propias de su oratoria, no quiso el segundo día cerrar el pico sin cantar una oda de las acostumbradas, valiéndose como siempre de las bellezas de la religión católica.

Héla aquí:

« Cuando la campana del alba os ha despertado para el trabajo y el estudio, como al jornalero y á las alondras; cuando los villancicos de Navidad van mezclados con vuestros juegos más inocentes, y las letanías cantadas á la Virgen en el mes de Mayo, en el mes que las rojas amapolas y las verdes espigas van acompañadas con las primeras emociones que engendraron en vosotros los primeros amores; cuando al caer la tarde, allá en aquellos campos hermosísimos véis en los cielos, enrojecidos por los arboles del ocaso, la primera estrella saludada por el ángel y en la ermita la Virgen Madre con la serpiente bajo sus plantas, las estrellas en la frente, los ojos estáticos, las manos cruzadas, la cabellera como de éter, con los ángeles que la acompañan y la Trinidad que la corona; cuando todo eso se os presenta delante, ¡ah, señores! creedme, estáis unidos, aunque no queráis, estáis unidos á la religión, que os ha dado la primera comunión y con ella los ideales que os han podido guiar en el camino del mundo, que han refrenado todas vuestras pasiones, que os han traído toda suerte de esperanzas, y que después, cuando llega lo que más os conmueve, cuando llegan los muertos de vuestra familia, los muertos que subliman todos los grandes de la vida, y váis á llorar y vuestras lágrimas se evaporan en la tierra, entonces esa religión os dice: ¡Ah, no, no; creed, esperad, porque esos muertos no son huesos, no son gusanos, no son podredumbre; son mariposas que rompen sus crisálidas, que vuelan y van por los espacios infinitos en alas de la oración al seno de Dios para encontrar el amor infinito, eterna aspiración de vuestro corazón y verdad absoluta que pone abismos en vuestra inmensa inteligencia. »

Este cuadro bellissimo, no puede negarse, pertenece al antiguo repertorio del Sr. Castelar, porque las más preciadas galas, las joyas de su oratoria son

arrebatadas á la Iglesia, contra la cual ha combatido y combate el ingrato, el desleal artista, rebelde á la vocación de su genio y á la madre que lo ha alimentado con su néctar divino y lo ha colmado con los tesoros de sus bellezas. Pero al decir, al recitar más bien este bellissimo trozo de oratoria cristiana, el Sr. Castelar denunció más claramente que nunca su decadencia física, porque faltaron aquellas cadencias, aquel ritmo, aquellas notas altas de otras veces, y desde la mitad casi le faltó la voz, que salía premiosa soltando gallos insufribles. Sin embargo se le aplaudió, recordándonos á Tamberlik, que aún arranca calurosos aplausos cantando el *Credo del Poliuto*.

¡Singular coincidencia! Lo mismo un orador, aun siendo impío, que un cantante, al tocar los límites de sus facultades artísticas, para hacerse aplaudir, para evocar el recuerdo de su pasada gloria, tienen que acudir á las bellezas de la religión y confesar, siquiera sea por arte, á Cristo y á su Iglesia.

\* \*

¡Buen bromazo les ha dado á los jugadores favorecidos por la suerte la lotería del día 7! No conocemos caso más desesperante que el de los poseedores de los premios mayores. Haberles caído la lotería legítimamente, y ver que por equivocación ó descuido de los funcionarios del Estado, á cuyo cargo están el bombo y las bolas, se anula el sorteo y se les retira el premio, es de los casos más irritantes que se conocen, capaz de quitar todo resto de fe en la Lotería Nacional.

Convenimos en que el caso era de muy difícil solución; porque declarar válido el sorteo era injusto para los jugadores que no habían entrado en suerte, y devolver á éstos el importe de los billetes era una reparación insuficiente para compensar la pérdida que se les ha podido ocasionar con eliminarlos del sorteo. No había más que un medio de dejar á todos contentos, y era declarar válido el sorteo y conceder un premio extraordinario y de los mayores á cada uno de los números que se quedaron fuera del bombo. Es seguro que estos jugadores se hubieran dado por muy contentos.

El lance ha dado mucho que hacer y que decir al público. Si la lotería es juego de azar y hay azar en la suerte, desde ahora puede afirmarse que la Lotería Nacional es un doble juego de azar, porque al azar de la suerte se añade el azar de la misma lotería. La verdad es que son muchos azares.

Afortunadamente el caso ha ocurrido en una lotería chica; si ocurre en la de Navidad, se suscita un conflicto nacional.

¡Mucho ojo con las bolas, señores loteros!

\* \*

El siniestro del ferrocarril del Noroeste, vía por la cual se harían muchos viajes este verano, ha sido una terrible catástrofe que ciertamente no puede atribuirse á los revolucionarios.

Mucho perderá la empresa con el descrédito, pero más pierden las familias de las víctimas.

Si las Compañías de ferrocarriles no mejoran su servicio, tendremos que envidiar las antiguas galeras.

Mas vale tardar en un viaje que exponerse á no llegar nunca. Es horrible hacer en ferrocarril viajes á la eternidad.

NULEMA.

## CRÓNICA UNIVERSAL



En Roma, á pesar de las noticias de los revolucionarios, que se complacen en repetir las tantas veces desmentidas de que el Papa está malo, no hay asunto que duerma; bastará decir que la famosa causa de canonización de los fundadores de los Servitas, los siete beatos de Florencia, comenzada en el siglo XIII, ha sido puesta de nuevo sobre la mesa y resuelta, según parece, en primera instancia. También ha examinado la misma Congregación la causa de beatificación de la V. María Cristina de Saboya, reina de Nápoles. Asistieron á la sesión, que fué el día 4, más de treinta Consultores ó Prelados de la misma. Estos leyeron su voto, y en seguida cada uno de los Cardenales votó motivando su opinión. El Sumo Pontífice pronunció un discurso y dió á los concurrentes la bendición apostólica.

Hasta que el Papa decida si debe expedirse el decreto acerca de las virtudes de la venerable sierva de Dios, se conservará secreto, según costumbre, el resultado de la sesión.

La fiesta de San Pedro se celebró este año con la solemnidad acostumbrada desde el cautiverio del Papa. La sociedad de los intereses católicos presentó

al Papa la ofrenda de un cáliz de oro y cuatro antorchas que antes presentaba el Ayuntamiento de Roma.

También fué presentada á Su Santidad la medalla del séptimo año de su pontificado. En el anverso está la efígie del Padre Santo, obra del caballero Bianchi, el célebre grabador del Palacio apostólico. Al pie se leen estas palabras: *Leo. XIII. Pon. Max. A. VII.* En el reverso se ven representadas la fachada de la basílica de Letrán y el nuevo pórtico construido á expensas del Papa. Al pie se lee esta inscripción: *Porticu. Producta. Basilica. Cum. Baptisterio. Conjuncta. A. MDCCCLXXXIV.*

El engrandecimiento del atrio de Letrán y la prolongación del pórtico de Sixto V, constituyen realmente una de las obras más grandiosas del pontificado de León XIII, y es tanto más admirable cuanto que atestigua la solicitud con la cual la acción bienhechora de los Papas no deja de manifestarse ni aun en los tiempos más difíciles.

Y pues se trata de presentaciones, acaba de hacerse al Romano Pontífice la del tomo II de las obras de Santo Tomás de Aquino de la edición mandada hacer por el Sumo Pontífice.

Presentaron el tomo los Cardenales Simeoni y Zigliara, Mons. Domingo Jacobini, el Rdo. Padre Larroca, Superior general de la Orden de Predicadores, y Federico Melandri, director de la Tipografía de la Propaganda. Su Santidad, después de examinar detenidamente el volumen, manifestó su deseo de recibir en audiencia á los Padres Dominicos que bajo la dirección del Cardenal Zigliara han trabajado en la publicación de ese segundo tomo.

La salud de Su Santidad es excelente, y trabaja diariamente más de ocho horas, sin contar el trabajo de las audiencias, que no es pequeño. Dios le conserve muchos años.

Las noticias sobre el cólera pueden reducirse á las siguientes. Continúa agravándose en los dos focos de que se ha apoderado, Tolón y Marsella. Los doctores atribuyen su exacerbación en estos días á dos causas: 1.ª Al excesivo calor que ha reinado. 2.ª A los excesos de marineros y obreros, que no se cuidan debidamente. Al cobrar su paga, estos infelices se marcharon á las tabernas y cometieron excesos de comida y bebida.

En París no hay novedad alguna, á pesar de las muchas gentes que llegan del Mediodía de Francia.

Algunas enfermedades se han confundido con el cólera, pero equivocadamente.

Los despachos de Marsella que publica el *Temps* atribuyen casi todos los casos ocurridos á imprudencias y falta de método. El miedo ha ocasionado también algunas desgracias.

El Dr. Koch, enviado por el Gobierno de Berlín á estudiar el cólera, se ha instalado en la sala de un hospital, y allí se pasa el día haciendo estudios, principalmente estudios con el microscopio.

No permita Dios que el terrible huésped prosiga su trista campaña en el resto de Europa.

Las elecciones senatoriales en Bélgica han completado el triunfo de los católicos. La mayoría del Senado será más numerosa aún que la del Congreso de diputados.

Los liberales no se han atrevido á luchar en las grandes ciudades—y éste es un dato muy significativo—como en Amberes, Malinas, Lovaina, Namur, Dinant, Tonges, etc. En Gante, Bruselas y Charleroc la lucha ha sido escasa. Pero ya que no pueden triunfar en los comicios, se creen con derecho á romper la baraja.

Según dice el telégrafo, han ocurrido desórdenes: el populacho asaltó y saqueó—está muy en carácter—el local del Círculo católico de Alh.

¡Represalias muy liberales!

El Gobierno prepara importantes reformas legislativas para presentarlas á las Cámaras. Cada día adquiere la nueva situación más crédito y simpatías en Bélgica.

La guerra de Tonkín amenaza reproducirse. En China ha triunfado el partido nacional, que desea la guerra con Francia, y es de creer que las reclamaciones del Gobierno de Ferry á propósito de la matanza de Lang-Son no sean atendidas sino con nuevos ultrajes.

Lo cierto es que las noticias de China preocupan á los miembros del Parlamento. Anunciase que el general Millot ha teleografiado al ministro de la Guerra pidiendo un refuerzo de 4.000 hombres y municiones.

El general Campenón tropieza con grandes dificultades. Las provisiones se hallan concentradas en Tolón, y es imposible en este momento, por el cólera, sacar municiones de aquel puerto y embarcar allí tropas.



Grave sería que China, saliendo de la inacción, se lanzase á la guerra contra Francia. Por lo que hace á la República todo lo tiene bien merecido, hasta el cólera, si no fuese porque muchas veces en las calamidades públicas pagan justos por pecadores.

La Cámara de París ha decretado la supresión de las rogativas públicas. «¿Qué momento elegís, decía el sabio obispo de Angers, para declarar á la faz del país que de hoy en adelante no necesitáis de los socorros del cielo? ¿Acaso nuestra nación, más que otra alguna, está al abrigo de esos azotes misteriosos que desconciertan á la ciencia y desafían al poder público? Elegir semejante momento para arrojar un reto á la Providencia, sería hacer traición á la patria, sería un verdadero escándalo.»

Pues el escándalo se ha consumado. ¿Y aún nos horrorizamos de los furores del cólera! ¡Bien benigno es!

Aunque la guerra de Egipto está suspendida por parte de los ingleses, los partidarios del Madhí continúan ensanchando sus conquistas y fanatizando al pueblo musulmán con profecías y proclamas religiosas. No concretamos las noticias de los progresos de la insurrección por no incurrir en inexactitudes, pues las que nos comunican los periódicos ingleses están inspiradas en las diferentes aspiraciones de los partidos, y apenas es posible garantizar la exactitud de ninguna hasta que pasen muchos días y se confirmen ó desmientan por varios orígenes.

Pero lo que va mal es la Conferencia internacional de Londres, pues mientras el representante de Francia, Sr. Bliguières, desmiente la exactitud de la Memoria inglesa sobre la situación de la Hacienda egipcia, Alemania se muestra, según se dice, abiertamente resuelta á amparar los derechos de la Puerta, cuya soberanía sobre el Egipto no debe ser menospreciada por la Gran Bretaña en lo sucesivo, como ha hecho hasta ahora, y Austria secunda las miras de Alemania. En resumen: que las grandes potencias no entienden los jeroglíficos egipcios interpretados por Inglaterra. Se comprende.

Y á propósito de la Gran Bretaña, tenemos que decir que la Cámara de los Lores ha rechazado por una gran mayoría, 205 votos contra 146, el proyecto de reforma electoral. La Prensa está dividida respecto á las consecuencias de este suceso, pues mientras hay quien opina que el Gobierno disolverá la Cámara senatorial, otras creen que las cosas no pasarán de un aplazamiento.

Las noticias de los fenianos, nada tranquilizadoras: siempre con temor á las bombas de dinamita.

Esta es la vida de los pueblos modernos.

En Alemania han sido declaradas en estado de sitio muchas poblaciones por temor á los anarquistas. En los grandes centros fabriles se nota un movimiento alarmante, que se va traduciendo en huelgas y motines.

Y á pesar de eso, la cuestión religiosa aún va despacio. ¿Dónde hallará el Imperio bálsamo más eficaz contra la anarquía que en la Iglesia católica?

Dice el corresponsal de un periódico francés en Ginebra que allí se acentúa cada día más el movimiento de reacción, aun entre los protestantes, contra las leyes opresoras de la Iglesia, y añade:

«Que ese feliz movimiento abra una era de justicia y tolerancia religiosa para la Confederación. Ya es tiempo de que la historia suiza se componga de otros hechos que tentativas de los cantones protestantes para acabar con los católicos. Algunos protestantes empiezan á comprender la esterilidad de esas luchas, que atacan el honor del país y hasta comprometen sus intereses materiales.

«Es interesante comparar ese movimiento conservador suizo con la victoria de los católicos belgas. En ambos países existen las mismas aspiraciones en favor de los derechos de los padres de familia en la cuestión de libertad de enseñanza, y en ambos se rechaza la influencia de los masones y de las sociedades secretas en los asuntos del país.»

El resultado de las elecciones en Portugal ha sido favorable al Gobierno.

De los 168 diputados que formarán la Cámara, las oposiciones juntas no reunirán más que 30 puestos, 28 progresistas y 2 republicanos.

Las seis elecciones por acumulación de votos de todo el reino han resultado á favor de los progresistas.

En Madera la lucha ha sido tan reñida que los electores han venido á las manos, y después de una batalla campal han resultado ocho muertos y más de treinta heridos. El elemento republicano es allí poderoso. De modo que en Madera ha habido leña. Es natural.

Un hermoso rasgo de los estudiantes argentinos y un acto de tiranía de un Gobierno republicano.

El Gobierno, que es muy liberal, ha separado de su destino á tres catedráticos de Derecho porque se han adherido á una protesta del Vicario capitular de Córdoba contra los actos de tiranía realizados por el poder público contra la Iglesia.

Los estudiantes, en vista de este atropello indigno, se han declarado en huelga y han firmado un manifiesto en que se declaran conformes con los profesores destituidos y desafían al poder público á que les destituya también.

No hay peor tiranía que la que se ejerce en nombre de la libertad.

M. RIERA.

## UNA IDEA Y UNA MOSCA

No sé si todavía recordarán los lectores que hace algunas tardes tropecé en la Puerta del Sol con mi amigo D. Feliciano.

En tal caso no habrán olvidado nuestro diálogo, que se redujo á explicarme una de las fases más pintorescas y edificantes de la caridad madrileña.

Aquella conversación me preocupó hasta el punto de que, no pudiendo alejar de mí sus reminiscencias, no tuve más remedio que hacer de ella asunto para el anterior artículo.

Cree que así descargaría de aquella idea mi cabeza, que no está, por cierto, tan sobrada de capacidad que pueda alojar dos ó más ideas á un tiempo.

Pero no conseguí mi objeto; antes, por el contrario, terminado mi trabajo y enviado á la imprenta, siguió asediándome el mismo pensamiento, con una tenacidad sólo comparable á la de una mosca fermentida que en mi calva se cebaba á la sazón, á despecho de las repetidas manotadas que yo sacudía para ahuyentarla.

De manera que la idea por dentro y la mosca por fuera me pusieron en un estado de excitación nerviosa insoportable.

Largo rato seguí luchando contra los dos enemigos, mas sin éxito; porque cuando parecía que la mosca había renunciado á sus acometidas, la idea me clavaba su aguijón por dentro, y cuando ésta empezaba á borrarse la mosca me atenaceaba por fuera.

—¿Qué limitado es el poder del hombre —decía yo— así en lo intelectual como en lo físico! Un miserable insecto postra y aniquila las fuerzas de su cuerpo; un átomo de idea le escarba, le punza y le levanta ronchas en el espíritu.

—Anda, anda —seguí diciéndome á mí mismo— criatura altanera, gigante de la creación, rey del mundo; despliega todo tu poder, afila las potentes armas que te ha dado la naturaleza, hinchala con el viento de la soberbia la vejiga de tu vanidad, y prueba á espantar con ella, á guisa de tarasca que en las fiestas populares amedrenta á los chiquillos, la mosca que te pica y la idea que te zumba....

Les hago á ustedes gracia del resto de este apóstrofe mental (y conste que ésta será la única gracia que les haga en este artículo), que no me dió más resultado que me habían dado las manotadas para el efecto de aplastar la mosca y espantar la idea.

En esta maniobra me acordé de la fabulilla de Samaniego, que venía al caso pintiparada, y me avergoncé de mis procedimientos. Ocurrióme también á la memoria el *depellere muscas* de los latinos, y de todo ello deduje que, no la fuerza bruta, sino el ingenio es lo que debe emplearse para espantar las moscas.

Por otra parte, hay que reconocer que en la situación difícil que me habían creado la idea y la mosca, era yo cómplice involuntario, por lo menos respecto de la última.

—Si no fuera calvo, no me molestaría la mosca —decía yo, como quien empieza á transigir con el enemigo; —por consiguiente, más que del insecto debo quejarme de la calvicie.

No me atreveré á asegurarlo, porque no soy todo lo sabio que se necesita para asentar con osadía una hipótesis absurda; pero me permito sospechar que la mosca, si no oyó distintamente, adivinó ó comprendió mi observación, porque la entró un hormigueo, un movimiento de patas y un baile tan alegre sobre mi cuero ex-cabelludo, que me obligó á llevar instintivamente la mano al sitio elegido para sus esparcimientos.

El insecto esquivó esta nueva tentativa con tanta facilidad como las anteriores; pero pasó dos ó tres

veces por delante de mis ojos, y me pareció que con su sarcástico zumbido quería decirme, confirmando mi propia opinión: «Si no fueras calvo»...

Decirme esto la mosca (ó al menos figurarme yo que me lo había dicho) y ocurrírseme la estratagema para librarme de sus cosquillas, fué obra de un solo instante... Eché mano á mi peluca (que en tiempo de calor sólo la uso para salir á la calle ó recibir visitas), me la encasqueté con un rápido movimiento, tributé un espontáneo aplauso á mi ingeniosa ocurrencia, me froté las manos, me reí como si hubiese oído un discurso parlamentario y exclamé satisfecho: «¡Ahora, que me entren moscas!»

Paréceme, señores diputados... (¡lo que hace la costumbre de no oír ni leer desde hace quince días más que esa frase!); paréceme, señores suscritores (¡y perdónenme aquella distracción si por acaso les ha molestado en su amor propio); paréceme, vuelvo á decir, que he gastado bastante tiempo y bastante tinta en discutir una mosca. Ustedes se habrán dicho que, cuando he dado tanta importancia á este incidente entomológico, algún objeto me habré propuesto y á alguna parte iré á parar con este exordio.

Pues nada: ni me he propuesto objeto alguno, ni voy á parar á ninguna parte, ni persigo ningún ideal, como se dice en el caló político.

No perseguía más que á una mosca, que por fortuna se ha volado, como la mayor parte de los ideales filosóficos. Si he consumido mucho tiempo en contarle, culpa será de mi estilo machacón y amazacotado, que no sabe expresar de otro modo las impresiones de mi espíritu.

Por fin se fué la mosca (y ésta es ya la última vez que hablo de ella); pero la otra, la que me escarbaba por dentro, la que me dejó mi amigo don Feliciano al despedirnos en la Puerta del Sol, no quería ahuyentarse á tres tirones.

La caridad madrileña en sus brillantes manifestaciones externas; la caridad que se revela en formas tan extrañas, tan variadas y tan estupendas, era para mi pobre cabeza una idea tan nueva y sorprendente que no podía alejarla, por más que trataba de echar sobre ella otras ideas, otros recuerdos y otros pensamientos que la sofocasen.

Para los que sólo ven la superficie de las cosas, no hay nada de maravilloso en que un pueblo cristiano, como lo es ostensiblemente el pueblo de Madrid, responda á los llamamientos de la compasión en favor de una comarca, de una población, de una familia ó de un individuo azotados por el látigo de la adversidad. Pero ahondando un tantico en este pozo inagotable de la caridad, hay para asombrarse de las múltiples filtraciones y heterogéneas corrientes subterráneas que concurren á mantener siempre elevado el nivel de sus aguas salubres.

En materia de caridad, no sabíamos antiguamente sino que la caridad se *ejercía*, se *practicaba*, se *hacía*, se *dispensaba*; pero la caridad que se *baila*, que se *toca*, que se *canta*, que se *lida*, que se *juega*, etcétera, etc.; esta caridad á la moda marca un gran adelanto en nuestras costumbres, y merece ser celebrada y enaltecida para vergüenza de los tiempos que fueron y saludable estímulo de los tiempos que vendrán.

Esta caridad ingeniosa, emperifollada y retozona, que viene á reemplazar á la caridad severa, humilde y pudorosa de las épocas patriarcales, ó si se quiere de Maricastaña, ha sabido fundir en un solo sentimiento ideas que parecían inconciliables: la piedad y la utilidad, la abnegación y el egoísmo, el desinterés y la paga.

Esto es soberbio.

Figúrense ustedes á las tres virtudes teológicas bailando un rigodón con los tres enemigos del alma, y podrán formarse una idea de esta alianza, al parecer tan contradictoria y antagónica.

Cierto es que, al cambiar de carácter, la caridad ha querido, en cierto modo, cambiar de nombre, adoptando otro más *comme il faut*. Eso de Caridad huele á prehistórico, á eremita, á santoral, á la sopa beba de los conventos; en fin, que para los cristianos del *buen tono* es una palabra cursi.

¿Cómo va usted, por ejemplo, á decir en una reunión del gran mundo: «la elegante y bellísima duquesa de X. se distingue por su caridad»; el opulento banquero J. es *caritativo por excelencia*; la caridad del diputado H. es proverbial en su distrito?...» Vamos, que no puede ser; se escandalizaría todo el mundo.

Pero, si en vez de esto, dice usted: «la filantropía de la bella y elegantísima duquesa; el filántropo y opulento banquero; el diputado filantrópico ministerial, etc., etc.» no hará usted mal efecto entre las gentes de la buena sociedad.

Pero el nombre es lo que menos importa con tal que resulte la esencia de la cosa.



Caridad ó filantropía, hay que convenir en que esta virtud tiene grandes atractivos en nuestra época y busca, para mover el corazón de los hombres, recursos y habilidades que no conocieron nuestros progenitores.

Si la caridad moderna llega con el tiempo á abrir tiendas y establecer puestos en la vía pública, para facilitar la expendición de sus productos es seguro que adoptará por muestra esta inscripción:

SOCORRE DIVIRTIENDO.

Y si, como es de esperar, otros industriales filántropos salen á disputarle la clientela y á hacerle competencia, pondrán sobre el escaparate este letrero:

DIVIERTE SOCORRIENDO.

Por cierto que he echado de menos en algunas *rifas benéficas* de esta Corte algo que fijase la atención de los transeúntes y sirviera de incentivo á sus aficiones filantrópicas.

Me dirán ustedes que esas piadosas loterías tienen ya el poderoso aliciente de la ganancia, como le tiene para los chicos golosos el juego del *barquillero*.

Me dirán asimismo que tienen el reclamo de la exhibición de hermosas y elegantes damas de la aristocracia, que con amable sonrisa y graciosos ademanes expenden la caridad á precios módicos y encomian la excelencia de la mercancía.

Convengo en que estos llamativos pueden estimular á los compradores de buenas acciones y á los que quieren hacer acopio de virtudes para consumirlas en época de escasez; pero esto no basta. Sería conveniente aguzar el ingenio para llamar parroquianos, imitando lo que hacen los comerciantes de telas y de específicos, por medio de carteles y etiquetas.

No me propongo dar modelos para el caso, pero sí presentar algún ejemplo de lo que podría hacerse para aumentar los ingresos en tales rifas.

«Por un real se gana la gratitud de los pobres y una pulsera tasada en cien pesetas.»

«Por dos reales se adquiere en público la fama de virtuoso y un abanico con el retrato de Frascuelo.»

«Por una peseta se tiene la chiripa de ganar el cielo y una araña de cristal de roca.»

«Por dos perros grande se alcanza la tranquilidad del alma y unos calzoncillos higiénicos para el cuerpo.»

A este tenor podría salpicarse de inscripciones y cartelitos el local de la rifa; y si se añadiese á esto, en tiempos azarosos para tales industrias benéficas, un cachito de música de peteneras, les digo á ustedes que la caridad pública andaría como una seda.

Si de esta explotación de la caridad por el medio delicioso y atractivo del juego pasamos á otras explotaciones de esta mina de virtudes, podremos admirar el inmenso desarrollo que han adquirido los sentimientos benéficos de nuestro siglo.

¡Qué!.. ¿No le gusta á usted la caridad *jugada* porque no tiene usted afición á los juegos de azar? Pues no le dé cuidado, que no se escapará por eso de ser caritativo.

El día menos pensado tendrá usted un gran baile en el teatro Real, cuyos productos están destinados á una obra benéfica; ó una corrida de toros á beneficio de los pobres del Hospital provincial; ó un brillante concierto en el Retiro para consuelo de los que padecen.

Si no le gusta á usted el juego, le gustará el baile, y si no los toros, y si no la música. Y si la filantropía de usted está blindada para estos asaltos mundanos porque es usted algo misántropo y poco sociable, no se apure, que en el templo le saldrá á recibir la caridad, presentándole por mano de noble dama ó de casta y bien prendida doncella la bandeja de plata, donde podrá usted depositar espontáneamente, en presencia de miles de fieles y alumbrado por centenares de luces, el socorro que le permita su bolsillo, y cuyo valor monetario servirá para graduar el valor de sus sentimientos caritativos.

Quiero suponer más: quiero suponer que es usted bastante anticuado en materias de Caridad y que gusta de hacer sus limosnas sigilosamente, como si se tratara de cometer algún delito, y por lo tanto que pasa usted por delante de la bandeja sin atender más que al cristiano objeto que le lleva al templo, y reservándose ejercitar su caridad donde y cuando le aconseje su corazón. Tampoco se escapará usted de ser caritativo *a fortiori*, porque las señoras de la bandeja le obligarán, por medio de repetidos golpes en el argentino metal (que á veces semejan el martilleo de una herrería) á volver la cabeza y á responder al ruidoso llamamiento siquiera con una moneda de plata, recogiendo en cambio una amable sonrisa.

Como hemos convenido en que para ser filántropo no hace maldita la falta ser cristiano, doy de

barato que no pone usted jamás los pies en la iglesia... ¿Y qué? ¿Se ha figurado usted que con no jugar, bailar, cantar, ver toros, oír música, ni entrar en la iglesia ya ha liquidado usted sus cuentas con la caridad pública? Ni por esas: dos días antes de aquel en que la duquesa, la condesa ó la señora de Pérez deben actuar en la mesa de petitorio, recibirá usted un perfumado billete invitándole á la caridad, de tres á cinco ó de siete á nueve, el día tantos, en tal iglesia, como si le convidase á una *soirée dansante* en su aristocrático hotel... ¿Qué ha de hacer usted sino aceptar la invitación y recoger la credencial de *caritativo*?

Por supuesto que todas estas simplicidades que he ido dejando caer en el papel no responden á un pensamiento preconcebido, ni tienen valor de ninguna clase, ni las he soltado para que mis lectores hagan caso de ellos. No son más que desahogos de la pícara idea que me sugirió mi amigo D. Feliciano, y que he dejado salir de cualquier modo para ver si me deja en paz, como me ha dejado la mosca.

Sean ustedes, pues, caritativos (en el buen sentido de la palabra) con este pobre viejo y no den importancia ni atención siquiera á sus chocheos.

BLAS.

## LOS GRABADOS

ILMO. Y RMO. SR. DR. D. VICENTE SANTIAGO SÁNCHEZ DE CASTRO, OBISPO DE SANTANDER

Nació el Sr. D. Vicente Santiago Sánchez de Castro en 25 de Julio de 1841 en la pequeña aldea de Peromingo, provincia de Salamanca y diócesis de Plasencia.

En Béjar estudió un curso de latín, y sin necesidad de más aprobó con gran brillantez en Salamanca los tres años que se exigían. Siguió en la misma ciudad la segunda enseñanza, distinguiéndose entre todos sus condiscípulos, y al mismo tiempo aprendió dibujo, llegando á producir obras tan excelentes que algunas de ellas quedaron en la escuela como modelos.

Mas desde niño sintió decidida vocación al sacerdocio, y abandonando sus primeros triunfos artísticos, ingresó en el Seminario de Salamanca después de haber sufrido privadamente, ante los ilustres Padres de la Compañía de Jesús, riguroso examen de todo lo que había estudiado, y siendo desde aquel día el predilecto de tan esclarecidos religiosos.

En 1861, los Padres Jesuitas, como obsequio al señor Magistral de aquella Catedral, que había sido nombrado Obispo de Teruel, dispusieron una especie de certamen como no hay memoria de otro en la docta Salamanca, y consistía en que un seminarista defendiese cincuenta proposiciones teológicas contra todo el que quisiera impugnarlas, publicándose impresos con quince días de anticipación, siendo nombrados especiales argumentadores algunos doctores y catedráticos de la Universidad y algunos canónigos de la Catedral. Para sustentar las cincuenta proposiciones fué elegido el Sr. Sánchez de Castro, joven á la sazón de veinte años.

El certamen duró dos tardes, y tres horas en cada una de ellas, habiéndose únicamente en latín. Además de los más ilustres miembros del Cabildo y de la Universidad, incluso el rector, arguyeron repetidamente al mantenedor del combate el nuevo Prelado y sus tres consagrados los señores Obispos de Salamanca, Zamora y Plasencia. Sobre lo extraordinario del éxito que obtuvo el Sr. Sánchez de Castro, baste decir que el Sr. Obispo de Salamanca, con verdadero entusiasmo, le nombró en el acto bachiller en Teología, sin pago de derechos y sin examen, expresando su sentimiento por no estar en sus facultades darle mayor preeminencia académica. El Sr. Obispo de Plasencia, que por primera vez conocía á su joven diocesano, se lo llevó á su Seminario encargándole de la cátedra de Filosofía, que desempeñó hasta los veinticuatro años de edad, en que obtuvo el doctorado.

En 17 de Junio de 1864 recibió el grado de licenciado, y el 18 de Junio de 1865 el de doctor, *nemine discrepante*, en la misma Facultad y en el mismo Seminario de Salamanca.

En 1862 fué nombrado catedrático de Filosofía en Plasencia.

En 10 de Junio de 1865 recibió el presbiterado.

En Mayo de 1866 fué elegido Lectoral de la Iglesia Catedral de León.

En esta sazón, entre diez opositores, muchos de ellos de la misma diócesis, logró la canongía Lectoral de León, siendo sus brillantes ejercicios la admiración de todos, hasta el punto de que no pudieron reprimirse las manifestaciones de entusiasmo dentro de la misma Catedral. El joven lectoral fué elegido, según fama entre los leoneses, por verdadera aclamación del Cabildo y del pueblo.

El Sr. Sánchez de Castro predicó en Madrid, y mereció los más unánimes elogios de todos, sin excluir los liberales, y fué reconocido como sacerdote de gran ciencia, de gran fe y de poderosa palabra. Fué á Barcelona, y los catalanes no se hartan de escucharle y admirarle, y no hay necesidad de decir que en Castilla y León tiene un nombre verdaderamente envidiable por su elocuencia, su saber, su unción y el completo desprendimiento de intereses y de temores humanos con que enseña, verdadero apóstol de Jesucristo, las augustas verdades de la Religión católica.

A estas noticias, publicadas hace tiempo, hay que añadir las siguientes, que amplían las anteriores.

El señor Lectoral de León fué llamado á predicar en Madrid, primero á la memorable fiesta con que los católicos celebraron en San Francisco el Grande la coronación de León XIII, y después, por Su Eminencia el Cardenal Moreno, á la predicación de la Bula. En ambas ocasiones, la Prensa no encontró palabras con que encomiar las dotes del ilustre orador.

Dos años seguidos predicó en la capital del Principado el mes de Mayo; y tal fué el éxito de su palabra, que tres horas antes de comenzar el sermón se llenaba el templo de fieles, en términos de que muchos días, aun festivos, era imposible celebrar la santa misa.

Igual éxito alcanzó en Santander, donde cuatro años hace predicó durante una semana de Cuaresma. En dicha ciudad hubo de dar sus conferencias por mañana y tarde, para hombres y para señoras, bien así como en Barcelona se había visto precisado á dar unas conferencias sólo para oíreros.

En el Ferrol, en el centenario de Santa Teresa en Alba de Tormes, y recientemente en Bilbao, el Lectoral de León se ha distinguido, como en todas partes, por sus sermones, que le han merecido repetidas manifestaciones de entusiasmo y de simpatía; y, lo que es más grato, han servido para la conversión de muchas almas.

El corto espacio que le han dejado libre sus tareas apostólicas, lo ha empleado el Lectoral de León en escribir un libro, *La Religión.—Estudios filosófico-teológicos*, por el cual le ha honrado el Padre Santo con una afectuosísima carta y del que nada hemos de decir, porque están muy recientes los encomiásticos juicios críticos que le dedicaron los Boletines eclesiásticos y la prensa de Madrid y provincias.

Por último, el Sr. Sánchez de Castro ha sido repetidas veces propuesto por la Nunciatura y por varios Prelados para diferentes sedes vacantes.

Preconizado el 21 de Marzo para la de Santander, se consagró en la real iglesia de San Isidro el 1.º de Junio, y ha entrado en posesión de su silla el día solemne del Príncipe de los Apóstoles.

Dios le dé largos años de vida, para que sean fecundísimos sus grandes talentos.

## RECTORÍA DE AVIÁ

En el distrito de Manresa se halla situada esta casa rectoral que representa nuestro grabado, la cual, además de dar idea exacta de las antiguas casas de Cataluña, que el rasero nivelador de nuestro tiempo va haciendo desaparecer, tiene también un valor histórico aunque triste por su recuerdo. El 26 de Octubre de 1839 fué sorprendido aquí el famoso conde de España, ilustre general de la guerra contra los franceses, capitán general que fué de Aragón, y caudillo memorable de las batallas de Albuera y Salamanca. Habiéndose declarado á favor de Don Carlos en la primera guerra civil, fué objeto de gran persecución; pero no habiendo podido dominarle con las armas, fué á deshora sorprendido en la rectoría de Avia y traidoramente degollado en el camino, con la circunstancia agravante de haber sido inhumanamente su cadáver arrojado al Segre.

COLOCACIÓN Y BENDICIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA EN LA IGLESIA Y CONVENTO DE RELIGIOSAS MERCENARIAS DE SAN FERNANDO, EN CHAMBERÍ.

«En la calle de la Libertad, así llamada (según Fernández de los Ríos) con motivo de la redención de cautivos cristianos por la Orden de la Merced, y que se llamó de San Fernando, desde 1823 á 1833, en obsequio al rey D. Fernando VII, poseían un convento la Comendadora y Comunidad de religiosas mercenarias, hoy refugiadas en el mezquino local que les ha ofrecido la caridad pública en el sitio denominado Los Cuatro Caminos, en el barrio de Chamberí, mientras aquel modesto convento, del que fueron desposeídas en 1869 sus legítimas propietarias, se halla transformado en teatro de la Alhambra.

«En el día 5 de Mayo próximo pasado se hizo la solemne ceremonia de colocar la primera piedra para la iglesia que se ha empezado á edificar, y que, con la escuela gratuita para niñas pobres que también han abierto dichas religiosas, realizará un gran beneficio moral y material para aquella barriada, donde aumenta el vecindario; bendijo el acto el M. Rdo. P. Cámara, obispo auxiliar de Madrid, que pronunció con este motivo un tierno y elocuente discurso, y la concurrencia era numerosa y lucida, figurando en ella muchos de los bienhechores de la Comunidad, pertenecientes á todas las clases sociales.»

Hasta aquí una revista de esta Corte que no suele pecar de devota, pero que en este caso no ha podido negarse á dar á conocer la obra para excitar el celo de las personas caritativas, único recurso con que cuentan las pobres monjas para llevar á cabo la obra comenzada.

Nosotros podemos añadir más, y es que estas monjas, arrojadas de su casa por la revolución, que necesitaba la iglesia para salón de bailes y teatro de malas comedias, estas infelices esposas de Cristo han pasado largos años—que muy largos han debido ser para ellas los del período revolucionario—albergadas en una mala casa de Los Cuatro Caminos, sin iglesia, sin habitaciones apenas, viviendo entre húmedas tapias de tierra, amenazadas de quedar á cada momento sepultadas entre escombros.

Pero después de esta prueba, en la que han dado admirables ejemplos de resignación, Dios se ha apiadado de ellas, y de una parte el celo incansable del venerable cura de San Martín, y de otra la caridad del arquitecto Sr. Cubas, siempre pródigo de su talento y de su trabajo para las buenas obras, háse promovido un movimiento, como ahora se dice,



de restauración en esta casa conventual, que dotaría al barrio de Los Cuatro Caminos de una bonita iglesia y á las pobres monjas de un convento siquiera sano y decente.

Para coadyuvar á estos fines se ha formado una Junta de Señoras que recauda limosnas para la obra. El día de la colocación de la primera piedra fué un acontecimiento en aquel barrio, donde dicho sea en justicia quieren mucho á las pobres monjas, cuyas virtudes han casi presenciado y de de las que esperan grandes beneficios, pues han tenido ya escuela de niñas y la tendrán más amplia y mejor dotada en el nuevo convento.

Asistió al acto, como se ha dicho, el sabio Obispo auxiliar, Rdo. P. Cámara, el cual pronunció con este motivo un discurso tan elocuente y oportuno como todos los suyos. Llamó la atención sobre un hecho que allí podía comprobarse, y es que mientras la revolución se complace en destruir y profanarlo todo, la Iglesia, por el contrario, aun en sus mayores angustias, trabaja por edificar y santificar cuanto puede. ¡Hermoso tema, que el ilustre Obispo desarrolló con algunas pinceladas vigorosas! Por fin exhortó á los fieles á contribuir con sus limosnas á la obra, prometiéndoles en pago el tesoro de las divinas misericordias.

Por nuestra parte, conociendo, como conocemos, el celo de las personas que en esta obra intervienen, sabiendo cuán dignas son estas pobres monjas de los auxilios de la caridad, rogamos á las personas pudientes—y más ó menos ¿quién no puede algo?—que envíen limosnas para que la obra no se paralice, pues marcha al día y aún se necesitan algunos miles de reales para llevarla á cabo.

Que las monjas de la calle de la *Libertad*, atropelladas por la tiranía revolucionaria, salgan de la esclavitud de tanta miseria gracias á la caridad de los católicos, interesados particularmente en esta restauración, ya que se trata de monjas de la Merced, cuya Orden se consagró siempre á la redención de cautivos. Si nuestros padres por esta circunstancia llamaron á la calle en que vivían estas monjas calle de la *Libertad*, ahora debe llamarse calle de la *Tiranía*, para recordar el acto de la revolución contra una Orden tan veneranda.

¡Limosna, por Dios, para las pobres monjitas de los Cuatro Caminos!

#### CASTILLO DE PILATO EN TARRAGONA

Llámanse así vulgarmente el ángulo oriental del palacio de Augusto. El origen de este nombre proviene de una tradición moderna, según la cual Poncio Pilato fué desterrado por su debilidad y cobardía, de orden del emperador Augusto, á Tarragona, donde estuvo preso largos años, sufriendo, por decirlo así, su condena.

Ningún documento confirma esta tradición, y por lo que hace al *Castillo de Pilato*, es evidente que perteneció al magnífico palacio que Augusto tuvo en Tarragona, y del cual no queda otro vestigio. Según se ve hoy, este monumento no es todo romano, pero lo es en su mayor parte. En el siglo XIII recibió varias restauraciones. Los franceses—que nos trajeron la civilización moderna—al salir de Tarragona cargados con los tesoros de su catedral famosa volaron este edificio, habiéndose salvado el ángulo que representa nuestro grabado, que aún hoy sirve de cárcel.

## DOS CAPÍTULOS DE UN LIBRO INÉDITO

*Derecho de la Iglesia á la adquisición y posesión de bienes.*

### I

(Conclusión.)

El concilio de Presburgo, año 1209, renovó la sentencia de excomunión contra los que se atrevan á invadir y retener injustamente los diezmos, las tierras, los dominios, las posesiones y los bienes que pertenezcan á las iglesias, á los lugares consagrados á la oración y á los clérigos.

El concilio de Valladolid del año 1322 excomulgó por su canon xxiii á las personas que usurpan y retienen injustamente los diezmos y demás bienes, muebles é inmuebles de las iglesias ó de los Prelados.

El concilio de Tarragona de 1332, en conformidad á los antiguos cánones, anatematizó á los que atacan á las gentes de la Iglesia en sus personas ó en sus bienes.

El concilio de Salamanca de 1335 declaró excomulgados *ipso facto* á los que reciban de manos de los seglares iglesias, beneficios ó las casas de éstos, y á los que retengan los diezmos, oblacones ú otros bienes de la Iglesia.

El concilio de Toledo de 1339 prohibió vender ó enajenar, por cualquier título que fuese, las posesiones situadas en lugares en que la Iglesia ejerce dominio temporal, pronunciando excomunión contra los vendedores y compradores, y declarando nulas tales ventas.

El concilio de Narbona de 1374 renovó las penas fulminadas por los anteriores de la provincia contra toda persona, de cualquiera condición que sea, que tenga la temeridad de apoderarse de los bienes muebles ó inmuebles que pertenezcan á las iglesias seglares ó regulares, á los lugares destinados á prácticas piadosas ó á personas eclesiásticas.

En el concilio de Frisinga de 1440 se prohibió á los abades, priores, prebostes y otros Prelados, lo mismo que á los clérigos seglares y regulares, bajo pena de ser privados de administrar los monasterios y las iglesias de que eran titulares, hacer enajenación alguna de bienes de esas iglesias ó monasterios, por cualquier título que sea, gratuito ú oneroso, á no haber sido autorizados para ello de una manera legítima.

El concilio de Toledo de 1475 declaró excomulgados á los que venden y á los que compran las posesiones ó rentas de los beneficios vacantes, como también á los que aconsejaren, favorecieren ó ayudaren á los culpables á ejecutar su criminal proyecto.

El concilio de Letrán de 1512 declaró que la administración libre y completa de las rentas y de las iglesias catedrales y metropolitanas, de los monasterios y demás beneficios eclesiásticos, sólo pertenece al Romano Pontífice y á los que canónicamente tienen á su cargo esas iglesias, monasterios y beneficios, y que las leyes divinas prohíben á los príncipes seglares inmiscuirse en esta administración.

Por último, el concilio de Trento pronunció sobre este punto la declaración siguiente: «Si algún eclesiástico ó seglar, cualquiera que sea la dignidad de que esté revestido, aunque fuese Emperador ó Rey, se dejase esclavizar tanto por la codicia, raíz de todos los males, que se atreviese á invertir en su propio uso y usurpar por sí ó por otros, por fuerza ó por amenazas, aun cuando fuese por medio de personas interpuestas, sean eclesiásticas ó seglares, por cualquier artificio y bajo cualquier pretexto que pudiese ser, las jurisdicciones, bienes, censos y derechos, aunque fuesen feudales ó enfitéuticos, frutos, emolumentos ó rentas cualesquiera de una iglesia ó de un beneficio secular ó regular, de montes de piedad ó de otros lugares de devoción que deben emplearse en beneficio de los pobres, ó impida por las mismas vías que esta clase de bienes sean percibidos por aquellos á quienes pertenecen legítimamente, quede bajo el peso del anatema hasta que haya restituido por completo á la Iglesia y á su administrador ó al beneficiario las jurisdicciones, bienes, efectos, derechos, frutos y rentas de que se ha apoderado ó que han llegado á él, de cualquiera manera que sea, aun por donación de persona supuesta, y haya obtenido la aprobación del Romano Pontífice.»

Distaba mucho la exposición que en este y en el anterior capítulo hemos hecho de las decisiones de los Concilios sobre los bienes de la Iglesia, no ya de ser completa, sino de comprender siquiera la mayor parte de ellas. Baste decir en prueba de ello que el cardenal Gousset, en su obrita antes citada, cita *ciento veinticuatro*, y las aquí citadas no llegan á cincuenta. Pero no es necesario mayor número para dejar demostrado con toda evidencia que la Iglesia ha defendido siempre su derecho á la adquisición y posesión de bienes temporales, y ha resistido con igual constancia á los que han querido desconocerlo, ya en el terreno de la doctrina, ya en el de la práctica.

Como hemos visto en ambos capítulos, por una tradición constante, que se perpetúa desde el primer hasta el último siglo, así los Santos Padres, como los Doctores y los Concilios, afirman que los bienes de la Iglesia son bienes de Dios, que pertenecen á Dios, que son propios de Dios, y que el defraudarlo es robar á Dios y cometer un sacrilegio. No hay Padre de la Iglesia ni escritor católico que no hable en este sentido, reconociendo todos el derecho particular que adquiere Dios por las oblacones que le hacen los hombres. De donde se infiere natural y necesariamente que si es Dios el dueño de estos bienes, ¿quién puede considerarse con derecho á ellos, ni con autoridad para quitárselos á la Iglesia? Y por eso muy justamente la Iglesia condena la doctrina de los enemigos de su propiedad, que como Wicleff, Juan de Hus, Marsilio de Padua y Arnaldo de Brescia le negaron la facultad de adquirir, atribuyendo á los Príncipes el dominio sobre sus adquisiciones, califica de *hurto nefando*, *latrocinio* y *sacrilegio* á toda perturbación y violación de su patrimonio, y excomulga y anatematiza á los perturbadores y violadores, aun cuando estuvieran constituidos en la más alta dignidad.

Y esta constancia de la Iglesia en defender su derecho de propiedad contra toda usurpación es naturalísima, porque la Iglesia y el culto divino, que cada día han ido alcanzando en el mundo mayor desarrollo, han de sostenerse con medios humanos, á no ser que cada día haga Dios un milagro con su favor, y es preciso, por tanto, que su patrimonio se respete y se conserve. De aquí las providencias que desde los más remotos tiempos ha tomado para lograr esta conservación, prohibiendo que se vendan sus bienes á no ser con sujeción á ciertas reglas y

formalidades, como se verifica también en el orden temporal, en que los Gobiernos prohíben la venta de los bienes comunales ó de los propios de los pueblos, para que no queden desatendidas las necesidades que están llamados á satisfacer.

Y cuando ha llegado el caso de suprimirse alguna Orden religiosa, por lo común á instancia de los Gobiernos ó de los Reyes, los Sumos Pontífices han cuidado de disponer en la Bula de extinción, ó se ha establecido en otra forma, de acuerdo con la Santa Sede, el destino que debería darse á los bienes de la Orden religiosa que se suprimía. Es muy notable en esta parte lo ocurrido al suprimirse los Templarios, asunto que se trató primero detenidamente en los Concilios provinciales de las naciones en que existían, hasta que por último lo resolvió solemnemente el Papa Clemente V en el concilio general de Viena del año 1311. En la Bula de extinción puede verse que sus bienes quedaron á disposición de la Silla Apostólica, que los aplicó en su mayor parte, y por la analogía del Instituto, á la Orden militar de San Juan de Jerusalén, que también se ocupaba, como aquella, en pelear contra los infieles; y así se verificó en Inglaterra, Francia y Alemania, no haciéndose lo mismo en Castilla, Portugal, Aragón y Mallorca (aunque sí en Navarra) por las circunstancias especiales en que ponía á estos países la guerra con los moros, y por ellos se adjudicaron en Castilla á las Órdenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara, en Valencia á la Orden de Montesa, y en Portugal á la Orden militar de Cristo, entonces creada.

Pero ¿qué más? hasta en los inicuos procedimientos con que se llevó á cabo la supresión de la Compañía de Jesús; hasta en aquel abominable hecho de fuerza y de crueldad, en que la impiedad descargó sus iras contra un cuerpo aguerrido de la sagrada milicia de Jesucristo, y la incredulidad entonó su triunfo por boca de los filósofos ateos y de los reyes volterrianos; hasta en aquel hecho, repetimos, se vió, al tratar de disponer de los bienes, reconocido el derecho de la Iglesia y la necesidad de destinarlos á un fin piadoso. A cuyo propósito decía lo siguiente el art. 8.º de la pragmática: «Sobre la administración y aplicaciones *equivalentes* de los bienes de la Compañía en obras pías, como es donación de parroquias pobres, Seminarios conciliares, casas de misericordia y otros fines piadosos, oídos los Ordinarios eclesiásticos en lo que sea necesario y conveniente, reservo tomar separadamente providencia, sin que en nada se defraude la verdadera piedad ni perjudique la causa pública ó derecho de tercero.»

Y una cosa semejante se verificó con los bienes de los canónigos regulares de San Antonio Abad, que por Bula de Pío VI, á instancia de Carlos III, fueron suprimidos en 1787, acerca de cuyos bienes decía la Bula lo siguiente: «Todos los cuales bienes, derechos y acciones pertenecientes á la dicha Orden en los enunciados reinos de España, de cualquier género ó especie que sean, con la propia autoridad y por el tenor de las presentes, destinamos y aplicamos á los piadosos y más útiles usos á que en su prudencia y religiosidad los destinase el mencionado Carlos, rey católico, sobre lo cual gravamos su conciencia. Bien entendido que con los productos de los enunciados bienes se han de cumplir ante todas cosas las cargas de misas y demás legados píos con que están gravados.»

No ha sido sólo la Iglesia la que ha protegido con sus preceptos el sagrado dominio que ejerce sobre sus bienes, sino que le han ayudado eficaz y resueltamente en esta obra de justicia algunos Reyes cristianos, cuyas disposiciones nos complacemos en dar á conocer aquí. Ya mencionamos en el número anterior dos importantes resoluciones del emperador Carlomagno y de su hijo Ludovico Pío. Debemos mencionar también otra pragmática de Luis XIII de Francia, dada el año 1617, y muy digna de ser conocida porque en ella se decretó la devolución al clero de todos los bienes que se le habían ocupado en la corona del Bearn y en otros países. «...Habiendo hecho examinar en nuestro Consejo, dice, con asistencia de algunos Príncipes de nuestra sangre, de otros Príncipes, Duques, Pares, oficiales de nuestra Corona y señores principales, las dichas Memorias y peticiones de los Prelados caballeros y otros súbditos del dicho país de Bearn que profesan la religión católica, con parecer de dicho Consejo y de nuestra ciencia cierta, pleno poder y autoridad real, hemos declarado, estatuido y ordenado... que los bienes muebles, inmuebles, tierras, señoríos, justicias, diezmos, rentas, réditos, y en general todos los derechos pertenecientes á los Obispos y eclesiásticos seglares y regulares del dicho país que al tiempo de dicha mudanza les fueron ocupados y no se hayan vuelto hasta ahora á sus manos, les serán restituidos y entregados, no obstante que



«Hayán sido renunciados á nuestro dominio; y de ellos les hemos dado y damos plena y entera liberación, y es nuestra voluntad que los gocen plena y pacíficamente, así como por derecho les pertenecen.»

Y añadiremos también, porque cuanto conduce á recordar esta doctrina es de grande interés en unos tiempos en que tan por completo se la ha dado al olvido, una declaración del clero de Francia, reunido en Asamblea general en 1651, contra un libro encaminado á aconsejar el despojo de la Iglesia, de cuya declaración entresacamos estas palabras: «En una Asamblea general del clero de Francia hemos visto, y no hemos podido verlo sin horror, una obra titulada *Representaciones hechas al Rey sobre el poder y autoridad que S. M. tiene sobre lo temporal del estado eclesiástico para el alivio de todos los demás súbditos, así nobles como del tercer estado*. Francisco Paumier, autor verdadero ó supuesto de esta mala copia, podía en menos palabras haberle dado por título el que Juan Hus dió en otro tiempo á su original *Tratado para demostrar que los Príncipes deben quitar los bienes al clero*. Así es que no hace más sino recoger algunos miserables trozos de los restos de aquel heresiarca, condenado con su maestro Wiclef por el santo concilio de Constanza, y disfrazar con el pretexto de una soberanía omnipotente de las necesidades públicas del Estado los restos de una doctrina tan horrible... Quiere que el patrimonio de la Iglesia sea considerado como un dominio del Príncipe; que á los bienes destinados para el alivio de los pobres se les mire como capital de sus rentas, y que las sumas consagradas á Dios para el sustento de los sacerdotes que ofrecen la sangre de Jesucristo constituyan el fondo principal, y si se ha de creer al autor, el que ha de servir ahora para derramar la sangre de los cristianos... El clero no ha podido pasar en silencio tales excesos, y la Asamblea... ha declarado que el libro cuyo título es *Representaciones hechas al Rey*, etc., contiene muchas proposiciones respectivamente capciosas, falsas, temerarias, escandalosas, que se dirigen á turbar la paz de la Iglesia y son contrarias al derecho natural y á las buenas costumbres, como también sacrílegas, implas, erróneas, heréticas y cismáticas.»

Muy pocos años antes la misma Iglesia galicana, reunida en la Asamblea de 1646, decía á la Reina regente, madre de Luis XIV, entre otras cosas: «Seríamos prevaricadores de la casa de Dios, de la dignidad de nuestro carácter y de la libertad eclesiástica si no os aseguráramos que la Iglesia no es tributaria, que sus inmunidades son antiguas como el Cristianismo...; que es una impiedad que no tiene la más mínima excusa el no colocar los bienes temporales de la Iglesia en la esfera de las cosas sagradas; que ellos son como de la esencia de la religión, pues

sostienen el culto exterior, que es una parte esencial de ella; que todas las máximas contrarias á estos artículos de fe, decididos por los Concilios generales, proceden de la ignorancia, están sostenidas por el interés y engendran la impiedad.»

Otro Prelado francés de gran autoridad y nombradía, exclamaba en vista de ciertos pasajes de la Sagrada Escritura: «¡Oh Príncipes, sostened con vues-

puede, sin cometer sacrilegio, arrebatarlas y volver á secularizarlas!»

No multiplicaremos las citas, porque bastan las que preceden para inducir el convencimiento de lo sagrado é inviolable del derecho de la Iglesia á la posesión de sus bienes, del atentado que se comete al obrar contra él, y de la manera terminante, decidida y absoluta con que la Iglesia condena tal aten-

tado por boca de los Santos Padres, hallando sus declaraciones el debido apoyo en los Concilios y en los más grandes monarcas de que nos da noticia la historia de los precedentes siglos.

Apoyados en este indisputable derecho, no han dejado nunca los Sumos Pontífices, cuando han visto amenazada ó invadida la propiedad de la Iglesia, de defenderla con enérgicas disposiciones, siguiendo las tradiciones de la Iglesia. Notable es á este propósito la carta de Pío VI al emperador José II, en 3 de Agosto de 1782, escrita con motivo de haber llegado á su noticia que el Emperador había pensado en privar á los eclesiásticos de sus bienes y ponerlos á sueldo en el Estado. En ella, después de decirle que «se abstiene de toda reflexión sobre la ruina y menoscabo de los bienes eclesiásticos confiados á la administración de seculares; sobre la infracción de los tratados hechos entre varios predecesores de Vuestra Majestad y diversas provincias, y sobre el perjuicio que causaría á la Constitución del Estado la violencia de lo dispuesto por los piadosos donadores y el derecho que tendrán sus herederos para reclamar,» añade: «que el despojar á los eclesiásticos y á las iglesias de los bienes temporales que poseen es, conforme á la doctrina católica, un atentado manifiesto, reprobado por los Concilios y por los Santos Padres, y calificado por los escritores más respetables de dogma impío y de perversa doctrina; y que para hacer adoptar á un soberano semejantes máximas es preciso recurrir á las falsas doctrinas de los valdenses, de los wiclefitas, de los husitas y de los que después de ellos han sostenido las mismas opi-

niones, por un espíritu, muy común en este siglo, de depravación de las ideas más respetables y santas.» —No omitiremos añadir que la carta debió hacer efecto en el ánimo del Emperador, puesto que en 19 de Agosto de 1782 le contestó asegurando «que la noticia que había llegado á oídos de Su Santidad era absolutamente falsa»; y añade: «Sin ir á buscar pruebas en la Sagrada Escritura y en los Santos Padres, me basta la voz que en lo íntimo del corazón me dicta lo que puedo hacer y lo que debo evitar como legislador y como protector de la religión.»

No han bastado, por desgracia, ni tan solemnes

1 Scimus ea omnia, ut res dicabus Deo, sacrosanctas esse, nec sine sacrilegio rapti ad saecularia revocari posse.—Bossuet, *Polit.*, lib. VII, art. IX.

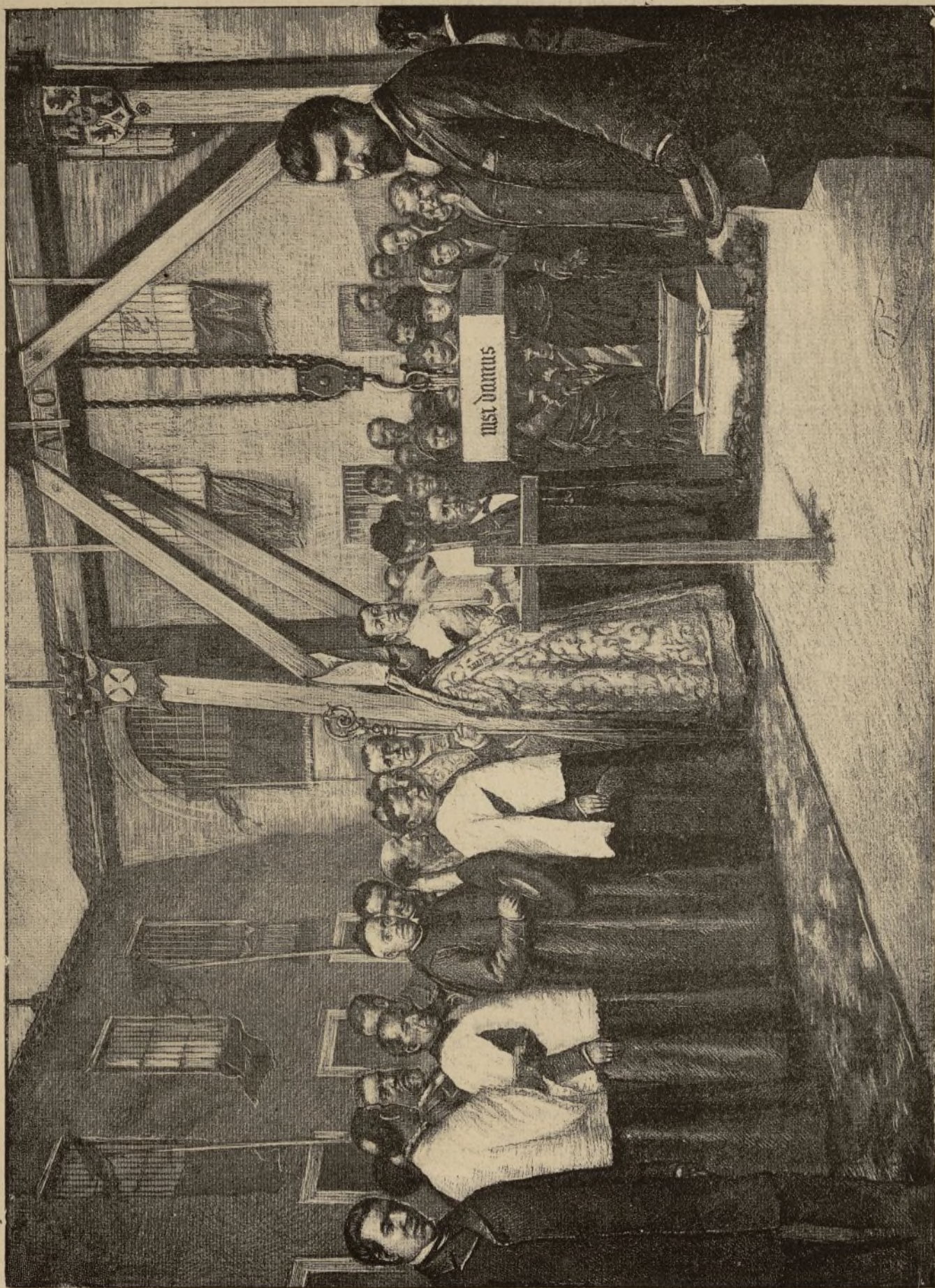
## RECUERDOS DE CATALUÑA.



RECTORÍA DE AVIÁ.

tro poder todo lo que está consagrado á Dios, no solamente las personas, sino también los lugares y los bienes que deben ser empleados en su servicio. Proteged los bienes de la Iglesia, que son también de los pobres. Acordaos de Heliodoro y de la mano de Dios, que descargó sobre él por haber querido invadir los bienes depositados en el templo. ¿Con cuánta más razón deben ser conservados los bienes, no solamente depositados en el templo, sino dados en propiedad á la Iglesia?... ¿Qué atentado no será despojar á Dios de aquello que, sirviéndonos de su liberalidad, ha vuelto a donársele á él mismo, y poniendo sobre ello las manos arrebatarlo de los altares?» Y hablando en otro lugar de las cosas y derechos eclesiásticos, dice: «Bien sabemos que todas estas cosas, como dedicadas á Dios, son sacrosantas, y no se





COLOCACIÓN Y BENDICIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA  
EN LA IGLESIA Y CONVENTO DE RELIGIOSAS MERCENARIAS DE SAN FERNANDO, EN CHAMBERÍ.



declaraciones, ni los constantes esfuerzos de los Sumos Pontífices, á evitar que, desbordándose en el pasado y el presente siglo el descreimiento y la impiedad, se haya llevado á cabo el despojo de la Iglesia en casi todas las naciones. Pero la Santa Sede sostiene con igual energía hoy que antes la integridad de su derecho; y tanto el *Syllabus* de 8 de Diciembre de 1864, como la Encíclica *Quanta cura* que le acompaña, contienen declaraciones sobre este punto. En el *Syllabus* hallamos condenadas las proposiciones siguientes:

«XXVI. La Iglesia no tiene el derecho nativo y legítimo de adquirir y poseer.

«XXVII. Los ministros sagrados de la Iglesia deben ser excluidos de toda gestión y dominio sobre las cosas temporales.»

En la Encíclica *Quanta cura* se condenan estas otras:

«La excomunión pronunciada por el concilio de Trento y por los Romanos Pontífices contra los invasores y usurpadores de los derechos y bienes de la Iglesia, se funda en la confusión del orden espiritual con el orden civil y político para obtener un beneficio puramente mundano.

«Es conforme á la sagrada Teología y á los principios del derecho público que la propiedad de los bienes que poseen las iglesias, las familias religiosas y los lugares píos sea adjudicada y devuelta al gobierno civil.»

A vista de tan erróneas proposiciones, y sólo para no dejarlas pasar inadvertidas, puesto que la discusión razonada de este punto tendrá lugar más adelante<sup>1</sup>, preguntemos al menos á los que niegan á la Iglesia el derecho nativo de adquirir cuál es el fundamento de su aserción. Que en tiempo de la persecución no podía adquirir bienes, ya lo sabemos; ni cómo podía reconocerse derecho de dominio á quien no se reconocía derecho á existir? Y sin embargo, es cosa muy de notar, y que en el capítulo anterior hemos ya consignado, aun en esa época hicieron muchos cristianos á la Iglesia donaciones de inmuebles á condición de que se conservasen; y así se infiere del edicto de Constantino y Licinio del año 313, también citado, en que mandaron devolverle los que Maximino le había confiscado once años antes. Si el derecho de la Iglesia á poseer bienes no hubiera sido evidente, ¿hubieran decretado aquellos Emperadores una restitución semejante?

Si luego que la persecución cesó quisieron dar á las adquisiciones de la Iglesia la seguridad debida, y consignaron para ello algunas disposiciones en los Códigos, esto no es el origen del derecho, sino su sanción legal. Deben, en efecto, las leyes civiles proteger los derechos de la Iglesia para obligar más y más á los ciudadanos á respetarlos; pero no crean tales preceptos derechos que ya existen, y que si tratándose de adquirir bienes los tiene toda corporación ó persona hábil para ejercerlos, no podían faltarle á la Iglesia, que sobre tener la capacidad necesaria, há menester de bienes para sostener el culto y sus ministros, fuera de que ha demostrado, con el uso que ha hecho de sus riquezas, cuán digna es de poseerlas.

Ni merece una discusión más seria la doctrina que marcha al compás de las anteriores, de que los ministros de la Iglesia y el Romano Pontífice deben estar excluidos de toda gestión en las cosas temporales. ¿Y por qué una exclusión semejante? ¿Es acaso por respeto á los consejos evangélicos? Pues téngase en cuenta que el consejo de renunciarlo todo no se dió en particular á los Apóstoles ni á los Obispos y sacerdotes, sino en general á todos los cristianos. A aquel joven que trataba de seguirle, fué á quien dijo el Señor: «Si quieres ser perfecto vende tus bienes, dalos á los pobres y sígueme.» Pero si estas palabras se tomasen á la letra, siempre y en todo caso habría de inferirse de ellas que profesar el cristianismo era obligarse á la absoluta pobreza, y que todo cristiano, clérigo ó seglar, debiera ser pobre para salvarse, lo cual es absurdo.

Ha de tenerse además en cuenta que al que desea abrazar ese estado le es posible vender sus bienes y hacerse pobre. Pero ¿cómo han de desprenderse los ministros de la Iglesia de los bienes con que atienden al culto y á su propio sustento? Y si no pueden hacerlo, ¿no habrán de administrarlos para el más provechoso empleo de sus rentas? ¿Qué ley ni qué doctrina les obliga á abandonar esa administración á otras manos? La verdad es que todos estos consejos, tan nobles y desinteresados como puede verse, se los dan á la Iglesia sus enemigos, y es lástima que también caigan en la red algunos incautos, que se hacen, sin intención dañada, eco inconsciente de perniciosas vulgaridades, y ayudan á difundirlas y propagarlas.

<sup>1</sup> En el capítulo que trata de *La desamortización considerada bajo su aspecto doctrinal y filosófico*.

No nos extendemos en estas consideraciones, porque las hemos de exponer en los capítulos que siguen, donde se tratará del titulado «dominio eminente» en que el Estado funda su derecho á apoderarse de los bienes de la Iglesia, y se discutirá el tema de este libro bajo cuantos aspectos puedan ofrecer interés en el terreno de la doctrina y de la ciencia.

JOSÉ MARÍA ANTEQUERA.

## PATRIOTISMO Y ABNEGACIÓN

NOVELA POLACA

POR ESTEBAN MARCEL

Traducida para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA por la M. de M.

### PRIMERA PARTE

#### LOS DÍAS FELICES

(Continuación.)



ADEO Oskierko, alto y hermoso joven de veinticuatro años, esbelto y rubio como su prima, parecía aún más delicado y casi tan joven como ella. Su rostro no se había animado con la alegría del baile, y el vestido que había escogido hacía resaltar aún más la expresión melancólica de su cara y la palidez enfermiza de su tez. Había copiado del hermoso Carlos I de Van Dyck esa casaca de terciopelo negra, esos calzones de raso de un violeta sombrío y ese cuello de encaje de Venecia blanco y mate sobre el terciopelo de la casaca. Al mismo tiempo, por la nobleza de su fisonomía, por la tristeza de su mirada un poco sombría, y por el corte agudo de la barba y de los bigotes, recordaba involuntariamente las facciones del desgraciado monarca.

—Venimos á despertaros, Tadeo —dijo la joven rusa, rozando con el borde de su tirso la manga del joven pensador. —¿Creéis que es propio el volver á hacer la edición de las *Noches* de Young en pleno Carnaval? ¿Qué se puede hacer en un baile si no se baila?

—Si no he bailado aún, no he perdido por eso mi tiempo, señorita —respondió Tadeo saliendo de su meditación. —He mirado, he admirado y...

—Y os habéis refugiado en vuestro rincón, detrás de un triple rango de sillas, sin duda en virtud de esta sabia máxima: que no es menester contemplar muy de cerca lo que se admira de lejos... Y qué, ¿es muy verídica vuestra admiración? Creo que muy probablemente no habéis visto levantarse ni aun esta estrella que está aquí.

Y hablando de este modo, con una sonrisa maliciosa Alejandra se echó un poco hacia atrás para dejar sitio á Alina, que estaba confusa y muy encendida al lado de la hermosa bacante del dorado tirso.

—Seguramente que la he visto —respondió Tadeo echando á su prima una mirada llena de dulzura — y bajo la influencia de sus rasgos me había entregado á una contemplación de las más dulces que...

—¡Oh primo mío! Ahora no es el momento de divagar — exclamó con viveza Alina. —Mirad ese nuevo rigodón, y decidme si los vestidos de esas jóvenes no son cien veces más lindos que el mío.

Era, en efecto, el nuevo rigodón italiano que debía divertir tanto á Tadeo, y para el cual se habían buscado las modistas más hábiles del país. Los cuatro jóvenes que figuraban en él habían adoptado el vestido tradicional de los pescadores napolitanos, mientras que las cuatro jóvenes llevaban el cuerpo encordonado, la falda encarnada, los zapatos de hebilla, los collares de coral, el velo cuadrado y los grandes alfileres de oro de las hermosas aldeanas romanas.

—Sabemos que os gusta Italia, primo — continuó la joven — por eso hemos organizado papá y yo este rigodón, pensando que os sería agradable volver á ver estos vestidos transportados en medio de nosotros.

—¡Ah! ¿Ha sido mi tío el que ha tenido esta idea? — repitió el joven sonriéndose. — Verdaderamente que no lo hubiera pensado. Pero, Alina, ¿por qué no figuráis en él?

—Porque... porque... Y bien, porque no siento bien á mi tez pálida ni al color de mis cabellos. Yo no soy italiana — respondió Alina con una expresión de amargura mezclada con tristeza.

El joven frunció ligeramente el entrecejo y echó una mirada distraída á los grupos, con los cuales acababa de reunirse Alejandra Nebutoff; después, dirigiéndose á su prima:

—Esos vestidos son muy lindos, pero prefiero el vuestro, Alina — le dijo con énfasis. — Me gusta sobre todo por vos, porque es el que conviene al género de vuestra hermosura, á la naturaleza de vues-

tro carácter. Blanca y pura como una estrella, disipáis como ella los fantasmas de la noche. Sucede algunas veces que uno marcha extraviado, solitario, con una marca de tristeza en la frente y un gran sufrimiento en el corazón. Va uno incierto y helado, cuando de pronto se siente aliviado por una llama dulce y guiado por una claridad bendita. Levanta uno la cabeza y se dice con gozo: ¡Ah, es ella, es la estrella! No la veía, y ella me iluminaba en el camino; la había olvidado, y ella me sonreía siempre.

Hablando de ese modo, los ojos de Tadeo eran aún más dulces que su mirada.

Alina, confusa, había bajado los ojos, y su corazón latía muy fuerte bajo los pliegues de su adorno blanco, cuando se oyó de pronto un rumor bullicioso fuera de la casa, y todos, para saber el motivo, se precipitaron á las ventanas.

## II

En el silencio de la llanura de nieve, de la noche sin estrellas, tan estrepitoso ruido como el que se acababa de oír, se acercó pronto para poder comprender la causa. Cascabeles de plata, campanillas tocadas sin cesar se mezclaban con las pisadas de los caballos que, lanzados á galope, pulverizaban la nieve con sus cascos herrados. A medida que se acercaba el ruido, se distinguía además los sonidos de un tambor rodeado de cascabeles, alegres clamoreos y fuertes carcajadas. El anciano Sawinski apareció en la sala.

—Señoras y señores: se acerca el kulig. Ahora es completo nuestro Carnaval, porque un kulig nos honra con su presencia.

Sucedía muchas veces, en los hermosos días de la Polonia floreciente, que un vecino hospitalario, habiendo reunido á sus amigos para una fiesta en tiempo de Carnaval, veía entrar por su casa una alegre invasión.

Una larga fila de trineos, con sus caballos llenos de cintas, vivarachos con su atavío de cascabeles ó de campanillas, dejaban en el umbral máscaras habladoras, vestidas con disfraces los más extraños, y algunas veces muy brillantes. Ante estos recién venidos se abrían todas las puertas, la orquesta saludaba su llegada con su música más seductora, introducían en triunfo en la sala de baile sus grotescos arlequines y sus bonitas jóvenes hacían mucho honor á la cena de su huésped, al tonel de vino que se preparaba inmediatamente para ellos en los almacenes, y no se quitaban la careta hasta los postres, dando gracias á su anfitrión por su hospitalidad caballeresca. Después, muchas veces la alegre comparsa, arrastrando tras sí los amables locos que allí encontraban, se iban de casa en casa, aumentándose sin cesar como la bola de nieve que se convierte en alud, alegre con sus campanillas, iluminada con sus antorchas, dejando tras sí, en la noche, un largo rastro de canciones y de luces. Este era el kulig de la antigua Polonia; tal era, poco más ó menos, el que en este momento honraba con su presencia el baile de Alina Sawinski.

Ya se paraban los trineos, unos después de otros, delante del umbral y bajaban sus huéspedes. El séquito de máscaras se arreglaba en el vestíbulo, y muy pronto hacían su irrupción en el salón de baile. Representaba una especie de pastorela muy en boga en el país: las bodas de Cracovia, en la cual todos los actores toman el vestido y adoptan los personajes de los aldeanos de este palatinado. Uno de los principales personajes es el pertiguero ó campanero; otro es el embajador encargado de pedir la mano de la novia; un tercero es el bufón; otro el que acompaña al novio. Después hay la novia, su madre, su ama y las jóvenes que la acompañan.

Era, pues, una boda de Cracovia la que hacía irrupción en la sala de Glonki, con gran regocijo de todos los convidados. Todos se habían puesto precipitadamente en fila para hacer sitio á la comparsa que iba entrar y para contemplarla bien. Primero aparece el campanero, vestido con la gruesa *souk-mane* gris con adornos rojos, haciendo sonar las espuelas que tenía sujetas en sus botas amarillas, y agitando entre sus manos el bastón lleno de cintas. Estaba con careta, pero sus espesos rizos rubios, que se escapaban de su *confederate* azul, hizo que lo conocieran en seguida la mayor parte de los asistentes.

—¡Ah, ah, es Estanislao Wojtowicz! — exclamaron por todas partes. — Y probablemente la novia es su hermana Marynia. Pero, ¿quién es ese joven alto que le da la mano?

En este momento se adelantaba la joven pareja hacia el medio de la sala; y á pesar del fresco vestido de la novia, de sus bonitas botas grana, que se veían con la enagua corta, y sus pesadas trenzas todas salpicadas de cintas, todas las miradas se dirigieron al que le daba la mano, sobre el novio de Cracovia.

Su estatura alta, elegante y robusta al mismo



tiempo, se adelantaba el desconocido con paso arrogante y grave, conduciendo con una mano á su novia y con la otra sosteniendo un objeto que pareció llenar de admiración y de terror á los convidados.

Era una guadaña en miniatura, bruñida y brillante, aunque homicida, al pie de la cual flotaba un pequeño pedazo cuadrado de seda roja, llevando en el centro el águila blanca de los polacos.

Fuera parte de este atrevido accesorio, el joven había copiado exactamente el traje de los aldeanos cracovianos. La *soukmane* azul oscuro con adornos amaranto hacían lucir perfectamente sus anchos hombros y la atrevida comba de este arrogante cuerpo de soldado. De su *confederate* amaranto con un penacho de plumas de pavo real, se escapaba una profusión de cabellos negros, ligeramente ondeados y como con un reflejo azulado. Un botón de rubí sujetaba el cuello de su camisa alrededor de su bronceado cuello. Andando hacía resonar sus espuelas de plata, y en el cinturón de cuero que sujetaba sus anchas bragas á listas blancas y rosas, estaban formadas con clavos de cabeza dorada estas palabras:

*Por la patria.*

La careta del joven no le cubría más que la parte superior de su rostro y dejaba percibir lo bajo de la cara, un poco maciza, pero de una perfecta regularidad, con espesos bigotes negros, rodeando unos labios finos ligeramente levantados, y dientes agudos y blancos, que daban á su sonrisa una cierta expresión de ferocidad.

(Se concluirá.)

## EL PINTOR ZANOBI

CRÓNICA ITALIANA

(Continuación.)

### III



HABÍANSE dado las órdenes más severas á fin de que nadie fuese á distraer á Zanoobi en su trabajo. Nadie penetraba en su obrador, y el Prior mismo, á pesar de los repetidos ruegos del joven, negóse á entrar allí hasta tanto que estuviese terminado el cuadro.

Después de modelar su figura, que se reservó para más adelante perfeccionar, llamando en su auxilio todos los recursos de su inteligencia, sobreexcitada por el deseo de salir airoso en su empresa, dedicóse el artista á dar la última mano á los accesorios: en ello empleó un tiempo infinito, limpiando con extremo cuidado sus ropajes, y empleando horas enteras en buscar una combinación de tono, un reflejo y un contorno que expresase exactamente su idea.

Daba Zanoobi inmensa importancia al menor pliegue, y consideraba con la minuciosidad de un miniaturista el más pequeño detalle. Un día borró la azucena que hacía brillar á los pies de la Santísima Virgen porque no había conseguido prestarle su blanco mate, y el terso y abultado pétalo de esta hermosa flor. Empezó de nuevo obstinadamente esta tarea, y concluyó por obtener, á costa de un prolongado trabajo, la perfecta semejanza que buscaba.

Hubo necesidad de sacar del tesoro de la abadía los preciosos vasos, las joyas y pedrerías que encerraba á fin de que pudiese estudiar sus cambios de colores, su transparencia y efecto prismático, y la corona que formó después de más de un mes de asiduo trabajo, fué una maravilla que causaría la ilusión de un diamantista.

Por último, empleó cerca de seis meses en dar por terminada su obra, pero sin tocar á la imagen que había bosquejado en los primeros días, y que guardaba ya armonía con el resto del cuadro. Reservaba para lo último esta parte principal que debía iluminarlo, y desde el primer golpe de vista reconcentrar y absorber la atención.

Mientras trabajaba de esta manera desde la salida á la puesta del sol, agotando diariamente su paleta, multiplicando los ensayos, reproduciendo en una multitud de pequeños tableros los diferentes modos de adorno, los estudios de las telas que servían para cincelar con mayor delicadeza lo principal de la obra, Zanoobi hacía en todo su rigor la vida claustral.

Asistía á los oficios de mañana y tarde, comía en refectorio y destinaba cortos momentos al recreo con los frailes, tomando parte en sus paseos, y dedicaba diariamente una hora á sus coloquios con el Padre Prior, sin que al parecer le causase la menor fatiga la vida cenobítica.

Cuando llegó el invierno, después de una semana entera de reposo que él mismo se concedió, para evitar la flojedad casi inevitable que altera las

facultades del más robusto cerebro á consecuencia de un prolongado y excesivo trabajo, emprendió resueltamente Zanoobi la tarea más ardua de su cuadro: el rostro de la Santísima Virgen.

¡Háblalo dicho el artista! Quería crear una hermosura sobrehumana, una hermosura que en nada se pareciese á la terrena, á los atractivos usuales.

Para prestar á las facciones de la amadísima Madre esa inefable belleza que la hace tan sobremana superior á todas las criaturas, necesitaba, por lo menos, otros seis meses.

Borró la imagen muchas veces, la rehizo, cambió una y otra vez su expresión, haciendo todos los ensayos posibles. Cuando hubo llegado á la perfección que buscaba, unió todos los extremos de su cuadro por medio de contornos que completaban su armonía. La obra del joven artista podía desafiar ya las críticas de los jueces más severos.

Zanoobi corrió presuroso á anunciárselo al Prior.

Sobre un fondo de infinita transparencia, con dorados reflejos que avivaban los ligeros vapores de una diáfana rosa, y resplandeciente como una luminosa aureola, aparecía la *Mater admirabilis*.

Estaba sentada con una mano sobre sus rodillas, y levantaba la otra en actitud de bendecir. Su túnica de color ceniciento, tachonada de centellas de plata que se retorcián formando caprichosos arabescos, estaba semivelada por los suntuosos pliegues de un manto de terciopelo. Sobre sus cabellos caía un blanco y delicado velo en forma de encaje, sujeto por una diadema real de brillante pedrería.

Junto á esta hermosa imagen, cuyas facciones expresaban á la vez la calma, la serenidad, el candor, la nobleza, la majestad y el amor, brotaba de la tierra una magnífica azucena, símbolo de la imaculada pureza de la Madre de Dios.

Aquello era una obra maestra, tal como hasta entonces no había salido de la mano del hombre, y hubiera sido imposible al sublime Fray Angélico mismo añadir á ella una sola pincelada.

El pintor colocó su cuadro en el punto de vista más favorable. Lo rodeó de espesos y compactos pliegues de un inmenso ropaje de brocado violeta. Después lo cubrió con un lienzo.

Al siguiente día los frailes de la abadía de San Vito contemplaban esta maravilla, y el corazón de Zanoobi estremecíase de gozo y orgullo al pensar que había conseguido vencer lo imposible y triunfar de lo ideal.

Aquella noche fué, por tanto, para él noche de insomnio: su ánimo se hallaba incesantemente embargado por la obra tan laboriosamente concebida, y cuya realización excedía mil veces á sus más ambiciosas esperanzas. Pensaba en la inmortal gloria que en breve le coronaría: evocaba en el silencio y las tinieblas á aquellos que en otro tiempo llamó sus maestros, y á quienes entonces pretendía igualarse: Perugino, Angélico de Fiesole, Rafael y Miguel Angel.

No podía conciliar el sueño, y abandonóse á los delirios del orgullo satisfecho.

Por fin amaneció el tan deseado día. Era domingo; el aniversario mismo de la singular aventura que había conducido á Zanoobi á la hospitalaria mansión de los hijos de San Francisco. Tuvo el valor de dirigirse á la capilla tan pronto como amaneció y púsose á orar esperando la hora de la misa.

Apesar de su fervor y de su profunda piedad, ¡cuán largo le parecía el tiempo! Contaba los minutos, devorado por la angustia, y se aferraba á la verja del coro para resistir á la tentación de lanzarse fuera del santuario y de ir á prosternarse ante su incomparable obra.

(Se continuará.)

C. B.

## NOTAS SOBRE LAS MISIONES

DE LA ALTA CALIFORNIA



Es mi ánimo escribir la historia de la California, ni menos dar una sucinta noticia del establecimiento de estas Misiones, sino sólo dar algunas notas sobre las ruínas que quedan de éstas para interesar á sus lectores acerca de los grabados de las mismas.

Es gloria de los catalanes el haber sido los primeros que introdujeron la antorcha de la fe en estas regiones; es su gloria que hasta el día de hoy muchos Padres misioneros catalanes estén aún trabajando en esta viña del Señor, y de contar entre sus Obispos tres catalanes: el Ilmo. Sr. Tader Amat, ya difunto, su sucesor el Ilmo. Sr. D. Francisco Mora, y el celoso Arzobispo de San Francisco, el señor Alemany.

Pero no sólo Cataluña, ó la isla Mallorca que lo

vió nacer, sino toda España debería enorgullecerse aunque no hubiera enviado otro hijo que al ínclito Presidente de estas Misiones, el venerable Fr. Junípero Serra, que murió en olor de santidad en su misión cerca de Monterrey.

Los Jesuitas habían convertido el golfo de la Baja California, de un desierto que era, en un vergel donde centenares de indios habían aprendido á alabar á Dios y entraban de golpe entre gente civilizada, cuando la malograda real orden de Carlos III los obligó á abandonar sus neófitos, que con suspiros y llantos los acompañaron hasta el buque, y cedieron su lugar á los Padres Franciscanos del Apostólico Colegio de San Fernando de Méjico, quienes, por orden del mismo Rey debían continuar la obra tan gloriosamente empezada por los Padres de la Compañía de Jesús.

El P. Junípero Serra, acompañado de doce religiosos, llegó á Loreto, puerto de la Baja California, en el 1.º de Abril de 1769; aquí fundaron algunas Misiones, hasta que en 1774 la cedieron á los Padres Dominicos, reservándose para sí la Alta California, que habían ya empezado á evangelizar desde el mismo año que habían llegado á la Baja.

La primera de las Misiones fundada por el Padre Junípero es la de San Diego, Alta California; fué fundada en el 16 de Julio de 1769. Este celoso misionero ayudaba con sus propias manos á los soldados y criados en erigir enramadas que les sirvieran de abrigo, destinando una de ellas como oratorio. Para halagar los salvajes había traído dicho Padre gran cantidad de abalorios y algunas provisiones: los pobres indios atacaron el campo cristiano de noche para tomarse todo, pero algunos disparos al aire los alejaron. Siendo aquel día tan memorable por el triunfo de las armas cristianas en 1212 y por celebrarse la fiesta de Nuestra Señora del Carmen, el P. Serra quería consagrarlo haciendo el primer bautismo en su nueva Misión. Habiendo pedido á los indios que le trajesen sus hijos á bautizar, sólo uno accedió de entre tanta gentilidad; el Padre procedió con las ceremonias, pero al momento que iba á echar el agua sobre la cabeza de la criatura, sus padres arrebataron el niño de las manos de los padrinos y corriendo se internaron en los bosques. El P. Junípero se quedó con la concha en la mano, atónito y derramando lágrimas, y aun muchos años después contaba este caso con dolor y atribuyéndole á sus pecados. Pero Dios bien le compensó por este bautismo frustrado, pues antes de morir contaba á miles aquellos que él había bautizado con sus propias manos, y en 1796, pocos años después de su muerte, el número de cristianos ascendía á 21.653 en las trece Misiones establecidas en la Alta California.

Esta Misión está situada cinco millas al NE. del puerto de San Diego, en una colina rodeada de un valle muy fértil. Describiendo una Misión las describimos todas. Los edificios eran cuadriláteros y de dos altos, formando un gran patio en medio, donde plantaban árboles y erigían fuentes. Los edificios eran, por lo regular, 600 pies de largo, construidos parte de piedra y lo demás adobe.

Había siempre una huerta ó dos contigua á la Misión, donde plantaban viñas y árboles frutales; á más de la iglesia y casa para los misioneros tenían bodegas, oficinas y talleres y un gran edificio donde se educaban las niñas, que lo llaman el convento, aunque el cargo de ellas no era dado á las monjas, pero sí á una familia de las mejores y más ejemplares de la Misión.

El P. Luis Jaime y P. Vicente Fuster habían trabajado con mucho celo en la conversión de los indios de San Diego, cuando el espíritu del mal, enojado por tantas almas que perdía, se valió de dos neófitos que, abandonando secretamente la Misión, se volvieron entre los gentiles y les alarmaron diciendo que los Padres los iban á tomar á todos y bautizarlos por fuerza.

En la noche del 4 de Noviembre de 1775, unos mil salvajes se acercaron á la Misión y amenazaron de muerte á los indios cristianos si daban el grito de alarma; entonces saquearon la iglesia y la prendieron fuego: entre tanto los soldados y los dos misioneros dormían tranquilos; pero pronto los salvajes gritos de los revoltosos los despertaron. El P. Jaime, viendo la iglesia ardiendo y creyéndolo casualidad, salió corriendo de su tugurio; los indios lo agarraron y lo arrastraron hacia un arroyo, donde lo mataron á pedradas y á palos, quedando su cuerpo tan mutilado que apenas podía reconocerse; sólo sus manos dejaron intactas; un carpintero de la Misión fué mortalmente herido, y cual otro Esteban rogó por sus homicidas, dejándoles el poco dinero que tenía y diciendo al que le dió el golpe fatal: «Oh indio, me has matado; que Dios te perdone tu pecado.» Entre tanto el P. Vicente y los soldados se defendieron lo mejor



que pudieron aquella noche; al amanecer los indios se retiraron. Al llegar las nuevas de la muerte alejosa del P. Jaime á oídos del P. Serra, éste exclamó: «Gracias á Dios el terreno está regado, y la conversión de los San Dieguitos seguirá pronto. Seis meses después del desastre, el P. Junípero, ayudado de los soldados y marineros, trabajaba como un negro reedificando la Misión de San Diego. Yo visité esta Misión hace dos meses, y la ví como el grabado que incluyo: nada queda sino ruinas y parte de la iglesia. De la huerta aún quedan señales de su antigua lozanía, viéndose algunos árboles colosales de los que fueron plantados por los primeros misioneros, y entre ellos se levantan orgullosas aquí y allá algunas palmeras.

El sitio donde fué martirizado el P. Jaime está entre tunales y un pedestal de ladrillo; es el único monumento erigido donde él derramó su sangre. El sacerdote que hoy día reside en San Diego, el P. Ubad, es catalán, y de Cataluña son el hortelano, hortelana y hortelanos.

## SEGUNDA MISIÓN

*San Carlos de Monterrey.*

Apenas hubo el Presidente de estas Misiones establecido la de San Diego, se embarcó en el paquebot San Antonio para Monterrey, donde llegó cuarenta y seis días después por razón de vientos contrarios, pues la distancia entre un puerto y el otro, siendo sólo de 400 millas náuticas, lo hubieran podido hacer en pocos días si hubieran tenido viento favorable. La expedición por tierra llegó allá en treinta y seis días. Veán lo que el P. Serra escribía á su amigo y colaborador el P. Fray Palou: «En el 31 de Mayo echamos ancla en este hermoso puerto de Monterrey, el mismo que fué visitado por Vizcaino en 1603. En la fiesta de Pentecostés, que cayó este año en el 3 de Junio, celebramos el santo sacrificio de la misa cerca un barranco y debajo el mismo encino donde los tres religiosos que acompañaban Vizcaino la celebraron ciento sesenta y siete años antes. Colgamos las campanas de un encino y entonamos el himno *Veni Creator*. Después bendije el agua, levantamos una cruz y elevamos la bandera nacional. Celebré la primera misa, cantamos la *Salve Regina* y acabamos la función cantando el *Te Deum*.

Entonces los oficiales tomaron posesión del lugar en nombre del rey de España. Todo esto fué acompañado con disparos de cañón desde tierra y del buque.»

El disparo de los cañones espantó de tal manera á los pobres indios, que por algunos días no se dejaron ver. Cuando volvieron, el P. Serra los halagó con presentitos, y por medio de un intérprete les declaró el fin de su venida entre ellos.

En el 26 de Diciembre 1770 tuvo lugar el primer bautismo; la conversión de los indios iba progresando muy despacio; al cabo de tres años encontramos sólo 165 bautizados entre los indígenas; mas antes de morir en su misión de Monterrey el P. Junípero, tuvo el consuelo de verse rodeado de 1.014 indios, bautizados muchos de ellos por sus propias manos.

El P. Crespi, que era compañero del P. Serra en el establecimiento de esta segunda Misión, nos dice que cuando visitó Monterrey por primera vez observó, cerca la Punta Pinos, una gran cruz que había sido erigida por Vizcaino, y viéndola cubierta de flechas, plumas y vardinas, preguntó á los salvajes el significado de todo esto, quienes le contestaron que, cuando llegaron los primeros españoles, sus antecesores habían observado una cruz muy luminosa en el pecho de cada español, y que la cruz que ellos habían plantado de noche se veía resplandecer y se hacía tan alta que tocaba hasta las nubes, y que para hacérsela propicia le habían ofrecido sus flechas, plumaje, y de lo de su pesca y caza.

Cuando las nuevas del descubrimiento de Monterrey llegaron á Méjico, el marqués de la Cruz, virey, y Galvez, visitador general, hicieron tocar las campanas por regocijo.

Cuatro millas al otro lado del puerto de Monterrey hay una pequeña bahía llamada «Bahía del Carmelo», y donde desemboca el río de este nombre; observando, pues, el P. Serra que aquí las tierras eran muy fértiles y adaptadas para pasto y labranza, trasladó aquí sus reales.

Mientras los soldados y otros obreros levantaban tugurios donde los Padres pudieran refugiarse y construir una capilla, el P. Serra se ocupaba en catequizar á los indios sin eximirse del trabajo manual. En esta Misión pasó él sus mejores años, ausentándose sólo para ir á fundar otras Misiones ó para administrar la Confirmación, privilegio que obtuvo de la Silla Apostólica y que usó por diez años, habiendo confirmado 5.307 cristianos en las diferen-

tes Misiones. Aquí, donde trabajó tanto, murió la muerte del justo, y se cree está enterrado en la iglesia que fué fabricada después de su muerte, hoy en ruinas, como puede verse por la fotografía, siendo de lamentar que hasta ahora no hayamos podido averiguar cuál de los cuatro misioneros que están enterrados al pie del altar sea el P. Junípero. Quiera Dios que antes del próximo centenario de su preciosa muerte podamos descubrir sus restos y erigirle un monumento.

Monterrey fué por algunos años la capital de California; hoy día ni siquiera es cabeza de condado. El Sr. Alemany fué el primero que llevó el título de Obispo de Monterrey y residió en su silla desde el año 1850 hasta Julio de 1853, en que se trasladó á San Francisco y tomó posesión de su arzobispado. El Sr. Amat, consagrado en Roma como obispo de Monterrey, jamás residió allá por haber ya la ciudad deteriorado mucho, y obtuvo algunos años después la facultad de trasladar su silla á los Angeles, donde reside ahora su digno sucesor el Sr. Mora. Con todo, el título de Monterrey queda aún, y nuestro Obispo es conocido y se firma obispo de Monterrey y los Angeles.

Aunque Monterrey ha desmerecido como población, con todos los atractivos con que la favoreció la naturaleza, lo hacen aún un lugar de recreo, y uno de los hoteles de verano, el mejor en California, se halla á pocos pasos de la población. Varios trenes al día llevan allí los turistas que de verano ó invierno van á gozar de su benéfico clima.

## TERCERA MISIÓN

*San Antonio.*

Grande fué el gozo del P. Serra cuando en 21 de Mayo de 1771 pudo abrazar los dos misioneros que le enviaron de Méjico; con ellos celebró con gran solemnidad la fiesta del Corpus Christi; celebraron misa solemne, y la procesión fué acompañada por doce religiosos; no creo que desde aquella fecha se hayan vuelto á ver doce sacerdotes reunidos en Monterrey para celebrar ninguna función religiosa.

Mientras los marineros é indios se ocupaban en cortar los árboles que debían servir para la Misión del Carmelo, el P. Serra, acompañado de dos misioneros y de algunos soldados, atravesó la sierra de Santa Lucía, y llegando á una cañada que llamaron de robles, cerca de un río, establecieron la Misión de San Antonio de Padua en el 14 de Julio de 1771.

Colgaron las campanas de un roble, y el Padre Serra, en su entusiasmo, empezó á repicar.

—¿Por qué se cansa? ¡oh Padre!—le dijo fray Pierra—ya ve que éste no es lugar para una Misión, pues no se ven indios alrededor.

—Quisiera Dios—replicó el Padre—que este sonido llegase á los últimos confines del mundo, ó á lo menos fuere oído por los muchos gentiles que habitan estas regiones.

Después del evangelio el P. Serra se volvió para predicar, y al ver un indio presente, dijo:

—Confío en Dios y en la intercesión de San Antonio de Padua que esta Misión será el centro de una gran población de cristianos, pues hemos visto un indio presente á la misa, cosa que no se verificó en las otras fundaciones.

Después de la misa agasajó al indio, quien por la tarde le trajo otros, y la Misión de San Antonio llegó á ser una de las más florecientes.

La visité hace pocos años, y sólo una ó dos chozas de indios quedan alrededor de la Misión. Nunca olvidaré el aspecto de un indio muy viejo, que, apenas supo nuestra llegada, nos vino á visitar, y antes de amanecer ya tocaba al alba. Fiel á su puesto, tres veces al día deja oír estas campanas, que un día llamaban á centenares de indios á rezar al *Angelus*, pero que hoy día resuenan por valles ó collados, donde sólo manadas de ovejas y alguno que otro venado las oye. Está de cura de esta Misión un sacerdote indio, oriundo de Méjico, quien muy joven vino de paje con el primer obispo de California, D. García Diego. Este virtuoso sacerdote reside en esta Misión hace treinta años, y Dios solo sabe á qué privaciones se ve sujeto para guardar esta Misión, pues los indios no existen y los de otra raza aún no se han acercado allá, ó bien no son de nuestra creencia.

Se oprimió mi corazón al celebrar misa allí un domingo y ver una iglesia muy grande donde no podían contarse apenas una docena de personas.

## CUARTA MISIÓN

*San Gabriel.*

El P. Pedro Gamboa y el P. Angelo Somera, acompañados de diez soldados, salieron de San

Diego, y después de caminar 120 millas hacia al Norte, pasaron cerca de un río llamado de Los Temblores, con intención de fundar la Misión de San Gabriel. Aquí una gran multitud de salvajes los rodeó dando su grito de guerra y blandiendo sus armas, preparados para atacar á los cristianos; al ver esto, los dos religiosos desplegaron un pendón de Nuestra Señora de los Dolores; apenas lo vieron los indios, dejaron caer sus arcos y flechas; los dos jefes de ellos se acercaron y ofrecieron á la Virgen sus collares, y trajeron más tarde sus mujeres y niños, y ofrecían semillas y frutos á la imagen, imaginando en su sencillez que estaba viva y comía.

La iglesia de San Gabriel se conserva aún muy bien: está la Misión distante de los Angeles sólo 9 millas; el ferrocarril de Arizona pasa muy cerca de la Misión; y mientras los de raza española van desapareciendo, los anglo-sajones se apoderan del país, y con su industria convierten aquellos llanos en jardines, viñedos y plantaciones de naranjos. Esta Misión fué fundada el 8 de Setiembre de 1771.

(Se continuará.)

## LA MONJA

## ADIOS AL CONVENTO

Melancólico su manto  
Tiende la noche callada  
En torno al recinto santo,  
Donde ofrece á Dios su encanto  
Su virginal desposada.

Negra está la noche umbrosa,  
Como el alma de un impío;  
Todo en silencio reposa;  
Sólo una luz misteriosa  
Tiembla en el claustro sombrío.

Y su tibio resplandor,  
Que apenas el claustro ilumina,  
Baña con triste fulgor  
Una sombra que camina  
Por el largo corredor.

Blanca es su túnica leve,  
Blanca su virgínea toca,  
Blanco cual mármol ó nieve  
Su velo, que apenas mueve  
El aliento de su boca.

Blanco es, sí, cual su alma pura  
Su traje; mas todavía  
Tiene su tez más blanca,  
Pues le da la desventura  
El color de la agonía.

No puede andar: vacilante  
Tiembla su cuerpo; flaquea  
Su vigor, ya agonizante,  
Y por su mustio semblante  
Sudor de angustia gotea.

Por el claustro se adelanta  
Con lenta, insegura planta,  
Y hasta el tenue claro-oscuro  
Que la luz traza en el muro,  
Más la angustia y más la espanta.

Llega al final, y una puerta  
Que á su paso halla entreabierta,  
Abre con ficticio aliento,  
Y entra, como el mármol yerta,  
En el coro del convento.

Y puesta allí, sus rodillas  
Caen sobre el suelo del coro,  
Y sus marchitas mejillas,  
Más que la cera amarillas,  
Riega amarguísimo lloro.

Y sus ojos virginales,  
Que el llanto inunda á raudales,  
Eleva con tierno anhelo,  
Como buscando en el cielo  
Quien calme todos sus males.

¡Pobre paloma sin hiel!  
¡Pobre virgen sin mancilla!  
¡Pobre azucena sencilla!  
Que de Dios en el vergel  
Envuelta entre aromas brilla.

Postrada ante Dios de hinojos,  
Corren con triste afán  
El ancho templo sus ojos,  
Que, como de sangre, rojos  
Por las lágrimas están.

Por fin su incierta mirada,  
Que el silencioso santuario  
Contemplaba solitario,  
Detiene un punto extasiada  
Ante el fondo del sagrario.

Allí los claros destellos  
De dos luces ve brillar  
En el ara del altar;



¡Cómo la consuelan ellos  
En su doliente penar!

Como aquella blanda cera  
Que la ardiente luz consume,  
Y por la celeste esfera,  
Tornada en suave perfume,  
Se eleva hacia Dios ligera,

Así tiene el corazón  
Aquella casta paloma;  
Le abrasa santa pasión  
Hasta tornarle en aroma,  
Y ese aroma es la oración.

Y á ella, que todo su anhelo  
Cifró en poder exhalar  
Ese aroma de consuelo  
Delante de un mismo altar  
Hasta remontarse al cielo,

La arrancan brazos profanos  
De aquel purísimo nido,  
Do implora por sus hermanos,  
Y lo que el Señor ha unido  
Lo rompen terrenas manos.

Pobres ¡ay! los que te quitan  
Tu retirada mansión;  
Pobres ¡ay! ¿tan puros son,  
Que acaso no necesitan  
De una virgen la oración?

Ciegos están, ciegos, sí;  
¿No ven sus leyes severas  
Que en las horas lastimeras  
Que te hacen rezar por tí,  
Rezar por ellos pudieras?

Enjuga, enjuga, Dios mío,  
Esas pupilas tan puras,  
Que enturbia el dolor impío;  
Tan sólo tu poderío  
Calma tales desventuras.

¿No escuchas la voz doliente  
De la virgen afligida,  
Por el eco repetida,  
Dando al templo amargamente  
Su postrera despedida?

—¡Adios!—dice á los altares,  
Testigos de sus pesares.  
—¿Quién consuela ¡ay! este adios?—  
Y en los robustos pilares

El eco responde:—¡Dios!

Dios, sí; Dios sólo calmar  
Puede tu angustiosa pena,  
¡Oh purísima azucena!  
Dios, que las olas del mar  
Con una palabra enfrena.

Por eso, en tu hondo quebranto,  
Tornas á través del llanto  
Tus ojos, por vez postrera,  
Al tabernáculo santo,  
Donde arde cristiana cera,

Y exclamas con voz ahogada:  
«¿Quizá cuando tus reflejos  
Vean la nueva alborada,  
Estará lejos, muy lejos,  
Del Señor la desposada.

»Feliz tu dicha sin par,  
Blanda cera bendecida,  
Pues te dejan espirar  
Encima del mismo altar  
Donde fuistes encendida.

»¡Oh tú, cera venturosa,  
Que viva llama consume!  
Cuando tu esencia dichosa  
Logres tornar vaporosa  
En sacrosanto perfume,

»Y ese perfume se eleve  
De Dios hasta la mansión,  
Haz que, entre su esencia leve  
El postrer adios le lleve  
De mi pobre corazón.»

Así dice, en su tormento,  
De Dios la virgen esposa,  
Y lanzando un ¡ay! al viento,  
En que su dolor rebosa,  
Vuelve al claustro del convento.

Y á su celda se encamina  
Con el pecho traspasado  
Del dolor que la asesina,  
Cuando un rumor desusado  
Suenan en la casa divina.

¡Ah! Ya están allí, ya están  
Los inflexibles sicarios  
Que, con satánico afán,  
A arrancar la virgen van  
De la paz de los santuarios.

Ya están allí; ya resuena  
Su paso en la casa santa,  
Y más su ardor se envenena,  
Como el ardor de la hiena,  
Que al ver sangre se agiganta.  
¡Pobre virgen! Desolada

Corre á su celda apartada,  
Y exhala, puesta de hinojos,  
Su sangre, de angustia helada,  
Vuelta en llanto, por los ojos.

Y al verter llanto de muerte,  
Llanto desconsolador,  
Sobre el pavimento inerte,  
Cada lágrima que vierte  
Hace brotar una flor.

Y un ángel, que en rauda vuelo  
Baja, al ver su desconsuelo  
Esas flores eslabona,  
Y la teje una corona  
Que la ceñirá en el cielo.

Ya se acercan sus tiranos,  
Revuelta turba se asoma  
Ya por los claustros cercanos,  
Cual bandada de milanos  
Persiguiendo á una paloma.

Ya sus pasos mundanales  
Huellan la celda, el retiro  
Que Dios vedó á los mortales;  
Pero al pasar sus umbrales  
Sólo escuchan un suspiro.

Y al entrar con torpe anhelo,  
Sólo ven en la mansión  
Un cuerpo que es ya de hielo,  
Porque el alma voló al cielo  
Para implorar su perdón.

FRANCISCO M. MELGAR.

## EL AHIJADO DEL MINISTRO

(LEYENDA)



RA un jueves por la tarde del año de 1639. El Sr. Roldán, uno de los plateros más afamados de Madrid, estaba de pie en su trastienda afanado en leer una y otra vez un gran papelote que le acababa de entregar un memorialista que ocupaba el portal de enfrente, en cuyo papel se veían á su cabeza unas letras mayúsculas muy historiadas, llenas de rasgos y de adornos; un poco más detras estaba sentada su sobrina Juana, muy morena, de dieciocho abriles, cuyos ojos se apartaban á cada instante de la calceta de estambre que estaba haciendo para dirigirse á la calle al traves de la vidriera que cerraba la tienda. El Sr. Roldán dobló al fin su papel, y una sonrisa de satisfacción se vió pintada en su rostro.

— Perfectamente—dijo á media voz, dirigiéndose á su sobrina—es imposible que el conde-duque no atienda esta solicitud.

— ¿Da usted mucha importancia, tío, al título de joyero de la Corte?—replicó Juana como distraída, mirando siempre á la calle.

— ¡Si le doy importancia!—exclamó Roldán—¿vaya una pregunta! ¿Sabes tú, sobrina mía, que si lo obtengo mi fortuna es hecha?

— ¿No es usted bastante rico?

— Nunca es uno bastante rico, Juana—replicó el platero con cierto aire sentencioso—además, ¿te parece poco el honor de depender de Palacio?

— Es que á mí me parece—continuó Juana con timidez y bajando la voz—que ese honor ha de perjudicar á usted.

— ¿Y por qué?

— Porque hasta ahora ha tenido usted por parroquianos á todos los partidarios de la Reina...

— ¿Y qué importa eso?

— Importa mucho, porque como hablan siempre mal del conde-duque, usted se ha acostumbrado á oírlos y ha concluido por hablar mal con ellos.

— ¡Silencio!—gritó el platero—no hay que decir nada de eso; ¿entiendes, Juana? Si yo he repetido alguna de las especies que circulan contra su excelencia he hecho muy mal, y cuando uno reconoce el yerro no hay por qué reconvenirlo.

— Es verdad, tío; pero los oficiales y los apendices del taller han tomado la misma costumbre.

— Tendrán que dejarla, Juana, porque yo no toleraré que mis operarios me comprometan. Cuando yo decía mal del conde-duque, yo no lo conocía; además vivía el Sr. López y no tenía probabilidad de reemplazarlo, en tanto que desde anteayer todo ha cambiado, porque anteayer tarde supe la noticia, cuando volvía con Julián de limpiar la vajilla de casa de la marquesa... A propósito, ¿no ha venido Julián todavía?

— Aun no, tío—dijo Juana volviendo la cabeza otra vez hacia la calle—me parece que tarda demasiado y ya voy estando inquieta.

Roldán miró fijamente á su sobrina.

— Tú te inquietas muy pronto por todo lo que pertenece á Julián Núñez. ¿Piensas aun en ese proyecto de matrimonio?

— Mi madre fué quien lo formó—replicó Juana con visible emoción.

— Enhorabuena, pero yo tengo otras ideas; como puedo darte una buena dote, mi proyecto es que te cases con un hombre rico, y tu Julián no tiene veinte ducados.

— El los tendrá.

— Sin duda; puede que le lluevan del cielo—dijo irónicamente el platero.—¿Espera todavía que parezca aquel aventurero italiano que vivió en casa de su madre y que lo tuvo en la pila? Aquel señor Guzmán...

— Ya sabe usted, tío, que no era italiano, sino español nacido en Italia; además que Julián no habla de eso sino en broma.

— Sea; pero como no tiene esperanzas más serias de medrar, lo rehuso por sobrino y añadido que deseo verte menos complaciente con él; yo no he querido quitarle de repente toda esperanza, pero es menester que me ayudes á desanimarlo poco á poco, porque bien comprendes que esta boda va á ser luego menos posible que nunca. Si me nombran joyero de S. M., ¿quién sabe?... podrás casarte con un noble...

Roldán no pudo seguir porque lo llamaban para despachar unos caballeros que acababan de entrar en la tienda; no eran éstos nada menos que el tesorero de Palacio, el secretario del Consejo de Castilla y el intendente de Madrid; todos tres, partidarios del conde-duque, no formaban parte de la clientela ordinaria del Sr. Roldán; pero habían oído hablar de algunas alhajas que acababa de concluir el platero, y deseaban verlas. Este por su parte los abrumó á cumplimientos, revolvó toda la tienda para complacerlos, y no se olvidó mezclar en sus frases alguna que otra palabra indicando su afección al favorito.

Roldán, como ha podido ya adivinarse, no presumía mucho de firmeza en sus opiniones; era una conciencia barométrica, siempre en movimiento según el aire que soplabá, sin más ocupación que buscar lo que pudiera convenirle. Había conseguido á fuerza de celo por sí mismo medrar, no obstante que sus luces eran limitadas; pero la tenacidad de su egoísmo hizo las veces de talento.

Tenía ya separadas algunas joyas para el intendente y el tesorero, cuyo precio había rebajado bastante en consideración á su afecto por el conde-duque, y empezaba una nueva oración en honor de su excelencia, cuando la puerta se abrió bruscamente por un jóven como de veinticinco años, de pequeña talla y pecoso de viruelas, pero que en su fealdad había conservado una expresión de bondad, de inteligencia y de audacia interesantes. El recién llegado echó sobre el mostrador un juguete que llevaba bajo del brazo, y dirigiéndose á Roldán.

— Buenas tardes, patrón—exclamó después de saludar á los asistentes.—Habrá usted estado con cuidado porque tardaba, ya lo supongo; pero el señor marqués se empeñó en que comiese allí á trueque de que concluyera cuanto antes de limpiar todas las alhajas...

— ¿Viene usted de casa del marqués?—preguntó el intendente.—¿Y cómo está?

— Tan bueno y tan famoso; ¡me ha dado un doblón de propina!

— ¿Está bueno?—replicó el secretario—pues entonces no habrá dejado de gastar alguna chanzoneta contra su excelencia.

— ¡Si ha gastado! Ahí es una friolera; me ha cantado más de veinte seguidillas todas contra el conde-duque. Ya saben ustedes su humor...

— ¡Cómo! ¿Se ha atrevido—respondió el secretario—á insultar al primer ministro?

— Ya lo creo: y se empeñó en que las había de aprender; pero tengo la cabaza tan dura... Sólo me acuerdo de una...

Roldán tosió é hizo mil gestos para advertir á Julián; pero este no entendió nada. La costumbre de hablar mal del conde-duque estaba tan arraigada en casa del platero, que no podía sospechar el cambio repentino de su maestro; así es que después de meditar un poco:

— Hé aquí una copla—dijo Julián.

— ¡Una copla!

Soldados y villas  
á centenares,  
va España perdiendo  
por Olivares.  
Alzemos el grito,  
y que vaya á la horca  
el favorito.

— ¡Julián!—gritó el platero con un temblor convulsivo.

— Déjelo usted—dijo el intendente, que, aunque partidario por interés del conde-duque, no le disgustaba como buen español verlo caer en ridículo



—el que le canten coplas á su excelencia no es nuevo, y yo contengo en mi casa mas de ciento.

—Lo mismo que el maestro—interrumpió Julián con una carcajada—el ayuda de cámara del marqués le ha traído todas las que corren.

El platero quiso articular algunas palabras de disculpa; pero las risotadas de los concurrentes le desconcertaron á tal punto que sólo salió del letargo para decir al aprendiz que marchase á su obligación. Este, que no podía atinar con la causa de semejante proceder, le miró estupefacto.

—Perdone usted, maestro—dijo;—yo creí que agradaba á usted.

(Continuará.)

## CONOCIMIENTOS ÚTILES

**Conservación de los vinos.**—La luz que penetre en la bodega debe ser moderada. La luz muy intensa deseca, y la demasiada oscuridad pudre. Se debe alejar de la cueva todo lo que puede fermentar: madera verde, vinagre, etc. Un tonel mal unido ó un polilla, pueden perder una pieza de vino. Los vinos que están en barrica y permanecen en los lagares, deben colocarse en poyos de unos 15 á 25 centímetros de alto y horizontalmente, de modo que se obligue al poso á que se quede en el fondo del tonel.

**Alcantarillado de París.**—Una de las curiosidades que encierra París es su alcantarillado, formado por galerías muy capaces, profusamente iluminadas por gas cuando es necesario alumbrarlas, con aceras laterales, limitando el canal por donde corren las aguas fecales, tan diluidas que no exhalan olor alguno y perfectamente ventiladas. Los obreros encargados de la vigilancia pueden transitar á pie enjuto por las aceras, ó bien circular en lanchas por los canales centrales.

Este admirable alcantarillado se extiende por debajo de todo París, llevando cada arteria el nombre de la calle que le corresponde por encima, así como la numeración correlativa de las casas. En estas galerías están colocadas las cañerías de agua y gas, de manera que los tubos se hallan al descubierto, facilitando su conservación, reparaciones y enlaces nuevos para la distribución de los fluidos.

En Inglaterra, el sistema generalmente preferido es el tubular, y por tanto el acceso al anterior es casi imposible; se conducen las aguas fecales por los tubos, fuera del contacto atmosférico, á sitios lejanos de las poblaciones, ó á vertederos en los ríos ó en el mar, ó á depósitos, para su aprovechamiento como abonos, como sucede en Long, Farm, Varwich, Edimburgo, Rugby y otras localidades.

**Nuevo medio para atravesar los ríos.**—Hasta ahora no se conocían más que tres procedimientos para atravesar una corriente: vadearla, establecer un puente ó emplear las barcas sujetas con maroma; pero, según noticias, sobre el río Teremakau, en Nueva Zelanda, acaba de establecerse un nuevo sistema aéreo tan ingenioso como original.

Consiste en una gran caja donde pueden tomar asiento cómodamente varios viajeros; esta caja va colgada á dos cables metálicos, rodando sobre ellos por medio de poleas; dichos cables están firmemente sujetos á las dos orillas, y la tracción se verifica

en ambos sentidos por medio de una cuerda de cáñamo.

Para subir al vehículo aéreo hay plataformas, con sus escalerillas respectivas en ambas orillas.

En la América meridional, donde tanto abundan los barancos y los ríos, y además son tan escasos los recursos por la exigua población que tiene aquella parte del Nuevo Mundo, se han ensayado diversos medios análogos con igual fin, y á falta de otros mejores continúan aquellos funcionando sobre precipicios insondables, facilitando así, á poca costa, las comunicaciones que necesitan los pobres habitantes de aquellas desiertas vertientes de los Andes. Es verdad que el efecto producido por tan extraños artefactos, en medio de tan terribles accidentes del terreno, es muy desagradable para el que los contempla por primera vez; pero acostumbrándose á ellos, se confía en aquellas artimañas mal ataviadas con cuerdas, tablas torcidas, palos medio rotos y clavos enmohecidos, y se arriesgan con la mayor confianza, poniéndose en manos de indios medio salvajes, que con la mayor honradez verifican estos

**Medio sencillo para fabricar tafetán de heridas.**—Se escoge un trozo de tafetán de color rosa ó negro, y se monta en un bastidor como para bordar: hecho esto, se tiene preparada cola hervida, ya de la ordinaria, ó mejor cola de pescado, y se le agrega una disolución de bálsamo del Perú en alcohol, y se da una mano al tafetán con una brocha-peine, cuidando de que no resulten abultamientos, siempre de mal efecto, y para evitarlo mejor es dar dos ó tres manos claras. Después de seco se corta en trozos rectangulares de 5 por 10 centímetros y se coloca entre cartulinas.

**Manera fácil de reproducir letreros, figuras, retratos, etc., en el vidrio.**—Leclève, de París, ha inventado el siguiente procedimiento, que copiamos del *Industrie-Blatter*. Después de haber dado al vidrio un ligero baño de plata, se cubre con una capa muy delgada de asfalto (para lo cual se disolverá en bencina un poco de asfalto de Siria, del que usan los fotógrafos), cuidando de dar el baño en la oscuridad. Un cliché fotográfico, un pedazo de papel negro ó

de cartón, en el cual se halla calada la figura que se va á reproducir en el vidrio, se colocará sobre la capa de asfalto cuando esté seca, y después se expondrá el vidrio á los rayos del sol, lo que hace que sea insoluble la capa de asfalto que ha quedado descubierta. La parte del baño dado con este betún, que ha estado protegida de los rayos del sol, se lava con bencina, y la capa «de pla» que está debajo de aquella con ácido nítrico. La figura aparecerá entonces transparente en la lámina de vidrio.

**Tortilla purgante.** En una cazuela ó vasija á propósito se pone la cantidad de aceite de ricino prescrita, se hecha un huevo y se calienta, meneándolo como cuando se prepara un *huevo revuelto*.

Cocido el huevo, se echa un polvito de sal ó un poco de azúcar y algunas gotas de agua de azúcar.

El doctor Martín ha dado á un hombre una tortilla con tres huevos y treinta gramos de aceite de ricino, y la comió sin conocer que estaba preparada con aceite purgante.

**Heladora italiana.**—A falta de aparatos especiales, se hace uso de dos vasijas: una exterior, de madera, y otra interior de hojalata, dejando entre ambas un hueco de ocho á diez centímetros. En este espacio se introduce una mezcla de partes iguales de cloruro de calcio y de nitrato de amoníaco en polvo fino, que se disuelve en un peso de agua igual al de las sales. Antes de una hora el agua se habrá congelado en la vasija interior.



Ha fallecido en Manila el Sr. D. Antonio Vivencio del Rosario, Magistrado honorario y Secretario de Gobierno que fué de aquella Audiencia. Enviamos á su hijo político, nuestro amigo y corresponsal señor Memije, la expresión de nuestro sentimiento, y rogamos á nuestros lectores que encomienden á Dios el alma del difunto, que en paz descanse.

Imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, Juan Bravo, 5.



CASTILLO DE PILATO EN TARRAGONA.

prodigios de inconcebible despreocupación desde hace muchos años.

En cuanto al nuevo sistema de transporte que hemos citado correspondiente á la Oceanía, parece ser que es una obra bien hecha y estudiada á conciencia, habiéndose resuelto en ella todas las dificultades con arreglo á los últimos adelantos de la industria moderna.

**Jabón de cera.**—Se hace con 0<sup>m</sup>.200 de jabón de Marsella ó de Mora, sal de tártaro 0<sup>k</sup>.150 y agua 15 litros. Se funde suavemente el jabón en 2 litros de agua, se mezcla la cera cortada en pedacitos y se deja hervir.

Sirve para abrillantar los pisos de madera.

**Incienso artificial para las iglesias.**—El *Chemist and Druggist* dice que la mezcla del agradable incienso que se quema en una gran iglesia de Nueva York está compuesto de estos ingredientes:

Benjuí y estoraque de cada uno.....	4 onzas.
Cascarilla.....	3 —
Ládanó y mirra de cada uno.....	6 —
Esencia de canela.....	8 gotas.
Aceite esencial de lavanda y de bergamota, cada uno.....	20 —
Esencia de clavo.....	10 —

Mézclense bien todos estos ingredientes, y pásese luego la mezcla por un tamiz.